9

Oscar Wilde del Segundo Reich

El kaiser llegó y empezó a lanzar hurras. Eso era vida: granadas que estallaban de verdad, blancos que se desintegraban, el suelo que se estremecía bajo sus botas en medio de temibles estampidos. Con un poco de imaginación —y Guillermo tenía bastante—, incluso podía entreverse la absoluta realidad, lo que para el kaiser era una perspectiva de indescriptible grandeza. El solo hecho de pensar en una batalla real le conmovía hasta producirle lágrimas, pero no de pesar sino de orgullo, y Fritz procuró que ese efecto se viese realzado por sus escritos, en los que decía *Heil Kaiser Dir* y *Was blasen die Trompeten?*, y por la firme voz del coro para hombres solos, que atronaba el aire con sus estrofas:

Gloria, Viktoria!
Ja, mit Herz und Hand
Für Vaterland... (1)

La visita de S. M. a Meppen deleitó tanto a Fritz que la línea de Ernst Haux de beneficios ascendió hasta salirse del gráfico. El ejército, que habiendo sobrevivido a la humillación del Viernes Negro, tuvo que enfrentarse con un momento aún más tremendo cuando Krupp presentó al Más Alto un nuevo metal en el polígono de tiro. Durante sus años como *wahrscheinlicher Erbe des Etablissements,* Fritz había observado que las marinas del mundo perfeccionaban los blindajes de sus navíos aumentando el grosor de las planchas desde cuatro y media pulgadas sobre la línea de flotación, hasta un grueso de dos buenos pies (*). Fritz tenía la sospecha de que una fuerte aleación podía acabar con aquel absurdo, y uno de sus primeros actos como propietario de la firma había sido ordenar la realización de ensayos con una aleación de acero y níquel. La mezcla dio espléndidos resultados. Además, manteniendo la referida aleación a una temperatura de 2.000 grados Fahrenheit durante dos semanas mientras se pasaba gas de carbón por su superficie, y luego tratándola con un proceso de endurecimiento de agua y calor, Fritz logró obtener un metal duro por fuera y elástico por dentro. De un solo golpe, todas las demás patentes sobre planchas blindadas quedaron anticuadas. No

(*) Sesenta centímetros, aproximadamente. (N. del T.)

sólo la nueva plancha sería útil para los buques de guerra, sino que su adaptación para la artillería de campaña resultaría indispensable, ya que, si bien en líneas generales el infortunado general Verdy estaba desacertado, tuvo algo de razón al afirmar que la nueva pólvora de Nobel, con su base de ácido pícrico, resultaba tan poderosa que haría estallar tanto el bronce como el acero colado. Krupp pensó que el cañón de acero y níquel podría aguantar esa pólvora, y a principios de la década de 1890, sus primeros cañones con la nueva aleación estaban dispuestos para ser probados. Pidió al Ministerio de la Guerra que enviase una comisión, y el hijo recibió el mismo trato que su padre, cuando propuso por vez primera los cañones de acero: los generales contestaron que estaban contentos con lo que ya tenían. Fritz apeló entonces a *Seine Majestät,* y éste se presentó poco menos que arrastrando al Offizierskorps por las charreteras. «Los oficiales de la comisión —hace notar un cronista—, asistieron maldiciendo enérgicamente.» Una vez más se vieron derrotados. Las nuevas piezas de campaña podían soportar la carga más poderosa, por lo que el Más Alto decretó que el acero sin aleación quedaba desde entonces tan pasado de moda como el bronce (2).

El acero con níquel dio más solidez aún al entendimiento entre el joven Hohenzollern y el joven Krupp. El kaiser nombró a éste *Geheime Kommerzienrat* (consejero privado), lo que llevaba aparejado el tratamiento de *Exzellenz,* y se impuso como obligación el visitar al menos una vez al año su *suîte* en Hügel, la cual había sido construida por Alfred para su abuelo. El emperador era un huésped que ponía a prueba la paciencia de un santo. El tiempo había limado algunas asperezas del comienzo de su reinado, pero no hizo lo mismo con el propio Guillermo, que era un petimetre irresponsable, pomposo e impulsivo, siempre dispuesto a jugar a la guerra. Creyendo aniquilar a los socialdemócratas con fanfarronadas, desde Hügel hacía a veces algunas declaraciones como la siguiente: «Como en 1861, así ahora prevalecen la división y la desconfianza entre nuestro pueblo... Nuestro Reich alemán descansa sobre una sola piedra fundamental: el ejército... Si alguna vez vuelve a ocurrir que la ciudad de Berlín se levanta contra su monarca, ¡la guardia vengará con sus bayonetas la desobediencia de un pueblo hacia su rey!» Procuró militarizarlo todo, y por ello su despacho era el «Cuartel General», y hasta los más humildes de sus servidores civiles tuvieron que endosarse un uniforme y recibieron graduación militar. El ministro de Educación fue hecho comandante, y el de Finanzas, teniente. Si un funcionario dirigía bien su oficina, era ascendido de grado; si no, se celebraban consejos de guerra informales, a veces ante la mesa del comedor de Villa Hügel. (Una mañana en que se comprobó que el presupuesto nacional se hallaba desequilibrado, el *Finanzminister* Scholz leyó en *Der Reichsanzeiger* que había sido degradado a sargento.) A S. M. acompañaba siempre el estrépito del sable al golpear en cualquier parte, ya que nunca dejaba de presentarse en el castillo vestido de *Feldmarschall,* sin olvidarse de las espuelas. Dar cabida al guadarropas del soberano era un verdadero problema logístico, puesto que comprendía doscientos uniformes y requería el servicio continuo de una docena de ayudas de cámara, o, como prefería él llamarles, «Oficiales de la Guardia de Corps Imperial» (3).

Gracias al patronazgo imperial, *Exzellenz Krupp* había adquirido el monopolio absoluto con que soñara *der Grosse Krupp.* Cuando los ingresos anuales de Fritz saltaron desde siete millones de marcos a veintiún millones, los negocios de la empresa con Berlín aumentaron de un 33 por ciento de los ingresos brutos, al 67 por ciento. Como las fortunas personales sujetas a impuesto eran ya susceptibles de registrarse públicamente, todo el mundo podía leer los detalles de la marcha de la firma

en el *Jahrbuch der Millionäre in Preussen*, y como el pendón purpúreo del Más Alto ondeaba con tanta frecuencia en Villa Hügel, se reavivaron viejos rumores de que el emperador estaba participando de los beneficios de la empresa (*). Los archivos de Krupp no demuestran que un solo pfenning hubiera cambiado de manos durante alguna de aquellas visitas, pero varios de los consejeros de Guillermo dedujeron que éste se estaba forrando los bolsillos. Si bien Holstein dudaba de que el kaiser obtuviera dividendos de Albert Ballin, el naviero hamburgués, en cambio daba por sentado que Essen suministraba una parte de los ingresos imperiales. «Incidentalmente —escribió el nuevo canciller—, un rumor está ganando terreno en los círculos políticos, quizá injustamente, y es el de que Su Majestad efectúa grandes inversiones con Ballin, igual que lo hace con Krupp.» El cínico protegido de Bismarck no se sintió ultrajado en modo alguno por aquello, y agregaba que el emperador «sencillamente obra con poca prudencia, tanto en ésta como en otras cuestiones». El canciller se dio cuenta con dolor del asunto, y lo mismo ocurrió con todos los componentes del Gobierno. Unos pocos integrantes del mismo consideraban que los temerarios pronunciamientos de Guillermo eran demasiado fantásticos para que se los pudiera tomar en serio. El conde August zu Eulenburg, mariscal jefe de su corte, escribió: «Es una verdadera bendición, después de todo, que en esta marmita de brujas, por no decir en este manicomio, haya algo de lo que uno pueda reírse.» En el extranjero la gente se mostraba menos divertida, y un escalofrío recorrió los espinazos europeos cuando el kaiser, al enviar sus tropas con las fuerzas conjuntas que se habían reunido para aplastar la rebelión de los boxers, les arengó así:

> «*Kommt ihr vor den Feind, so wird derselbe geschlagen. Wer euch in die Hände fällt, sei euch verfallen. Wie vor tausend Jahren die Hunnen mit ihrem König Etzel sich einen Namen gemacht... so möge der Name Deutscher in China auf tausend Jahre durch euch in einer Weise betätigt werden, dass niemals wieder ein Chinese wagt, einen Deutschen auch nur scheel anzusehen!*»

> «Si encontráis al enemigo, le aplastáis. Si tomáis prisioneros, sus vidas dependerán de vosotros. Del mismo modo que los hunos se hicieron un nombre bajo el mando de su rey, Atila..., así pueda el nombre de Alemania perdurar en China por vuestras gestas durante un millar de años, ¡y hasta tal punto que los chinos jamás vuelvan a atreverse a mirar dos veces a un alemán!» (4).

El Más Alto, justamente, lo había dicho: los alemanes eran hunos. Ese sobrenombre se continuaría oyendo durante las dos mayores guerras de la historia, y aún hoy se les califica de esa forma. La afinidad existente entre el emperador y su armero era la de los polos opuestos que se atraen. Fritz jamás pronunció una frase vivaz ni lanzó un juramento, aunque fuese en voz baja, por más que sus directores no cesaban de vociferar *Verdammt*, *Donerwetter* y *Hol' dich der Teufel* en lo más arduo de la crisis boxer. Pero estaban iracundos con el kaiser, no con los chinos. La lucha de Pekín provocó la única seria diferencia entre Krupp y Su Majestad. Fue la secuela de la glacial audiencia de Alfred con el primer kaiser, veintiocho años antes. La clave del problema era la misma: la

---

(*) La creencia de que el kaiser era «un gran accionista» en la firma Krupp persiste entre los historiadores modernos, como A. J. P. Taylor, en **The Struggle for Mastery of Europe 1848-1918** (Oxford, 1954), p. 508.

venta de armas de Essen a los países extranjeros. Guillermo se mostró especialmente irritado con el alzamiento de Pekín debido a que su embajador en la capital china había sido asesinado. No puede describirse la alegría del emperador cuando un cañonero alemán logró una espectacular victoria. La fuerza expedicionaria internacional, procurando liberar a los europeos y americanos coaligados que se hallaban cercados en Pekín, se encontró detenida en la orilla izquierda del río Hai por el fuego de los cañones del viejo fuerte de Taku. El minúsculo cañonero *Iltis* de Su Majestad, con el comandante Lans al timón remontó el Hai y se enfrentó con el fuerte él solo. Los disparos de la fortaleza pronto redujeron el barco alemán a un armazón de hierros humeantes. Lans resultó gravemente herido, pero a pesar de ello mandó un destacamento de infantes de marina a tierra. Los alemanes atacaron a los artilleros boxers por el flanco, se apoderaron de los cañones, y entonces advirtieron que en las placas metálicas fijadas en los cañones decía *Fried. Krupp, Essen.* Desde su Cuartel General en Berlín, el gozoso emperador envió un telegrama comunicando a Lans que había sido agraciado con la orden *Pour le Mérite,* la condecoración militar más preciada de Prusia. En pago de ello, el Más Alto recibió un mensaje de su valiente capitán, en el que le informaba: «Fuimos alcanzados diecisiete veces; la mayor parte de las granadas estallaron en el buque, dando muerte e hiriendo a mis valientes hombres. Y, ¡qué ironía! *(Und welcher Hohn!),* todos los cañones enemigos y las granadas procedían de nuestro propio país: son todas piezas de fuego rápido de Krupp.» (5).

Fuera de sí, el kaiser envió un telegrama a Fritz en los siguientes términos:

> «*Es passt sich nicht, im Moment, wo ich meine Soldaten ausrücken lasse zum Kampf gegen die gelben Bestien, aus der ernsten Situation noch Geld herausschlagen zu wollen.*»

> «No es momento, cuando envío mis soldados a la batalla contra las bestias amarillas, para tratar de hacer dinero de una situación tan seria.» (6).

Para Essen la situación fue comprometida, en efecto. Lans se había convertido en un héroe nacional. Pacientemente Fritz explicó que si la valentía del *Kapitän* estaba fuera de duda, no ocurría lo mismo con sus afirmaciones. Era lamentable que las fortalezas estuvieran equipadas con cañones de Krupp, pero éstos no eran piezas de tiro rápido, sino cañones anticuados. Su padre los había vendido a Li Hung-chang en la pasada generación, cuando Fritz aún era un chiquillo. ¿Cómo podía el kaiser culpar a un niño?, preguntaba. Y por otra parte, ¿cómo se podía censurar siquiera al padre del pequeño? En el tiempo de la venta, Li había sido un buen amigo de Alemania, y a decir verdad, aún lo seguía siendo; no tenía culpa alguna del levantamiento de Pekín. Ahora Li tenía setenta y siete años, y como gobernante de la provincia de Chihli, se había enfrentado, con gran riesgo para su persona, a las *gelben bestien.* Pero el emperador ya sabía todo eso. Conocía a Li, y figuró entre los soberanos que le nombraron comisionado para restablecer la paz después de que los boxers fueron aniquilados (7).

El silencio de Berlín, ante la situación, fue desconcertante para todos. Resultaba duro reconocer que un oficial condecorado con la orden *Pour le Mérite* se hubiese equivocado, y más duro era admitir que el propio kaiser había errado. Durante un mes los telegramas intercambiados entre

Berlín y Essen tuvieron un frío contenido. Luego Guillermo, echando de menos el trueno divino de Meppen, invitó a *Exzellenz Krupp* a Berlín para sostener unas conversaciones. Hablaron de otras cosas, y Guillermo se comportó como si no hubiera pasado nada. De todos modos, Fritz ya le había perdonado. Era incapaz de guardar rencor, y cuando la impetuosidad del emperador fue criticada por un amigo común, el barón Armand von Ardenne, Krupp sintióse ofendido. El comandante (más tarde general) Ardenne recordó que Bismarck había dicho que Guillermo deseaba que todos los días fueran de fiesta. Ardenne se mostró de acuerdo, pues consideraba al soberano como un sujeto superficial. Fritz lo negó de modo rotundo. Recientemente había cenado en el Cuartel General, y cuando servían el coñac, el kaiser habló con toda autoridad acerca de los rayos Röntgen, del partido conservador, de Inglaterra, de Federico el Grande y de otros asuntos científicos y técnicos. «Había genio en aquella conversación imperial —manifestó Krupp, calurosamente—. Uno podría considerarle como una eminencia.» Ardenne preguntó qué habían dicho los demás invitados, a todo eso. «Bueno, claro está que sólo habló el Más Alto», repuso Fritz. «*Natürlicherweise*», admitió el barón, y ante la perplejidad de su amigo, Ardenne se echó a reír estrepitosamente (8).

Al convertirse la batalla del *Iltis* en una epopeya nacional —sin que se diera explicación alguna del modo en que los misteriosos boxers habían logrado ocasionar tal desastre a un navío de guerra alemán—, todo el mundo, tanto en Essen como en Berlín, olvidóse del arrebato de cólera imperial. El kaiser se mostró luego contrito. Pero su pesadumbre era innecesaria. La aclaración de Krupp había contestado a todas las preguntas que podían hacerse, pero eso se debía a que Guillermo II, a semejanza de Guillermo I, anteriormente, había elegido un pobre ejemplo. El problema básico de la industria internacional de las armas no se había resuelto. Con cada nuevo invento que surgía, el problema se agravaba, y ahora había cinco colosos luchando por beneficiarse de las principales tesorerías del mundo. A Krupp, Schneider, Armstrong y Vickers se había unido ahora Mitsui, luego, un austríaco llamado Emil von Skoda transformó una fábrica de Pilsen, de unos cuarenta años de antigüedad, en fábrica de armamentos, que llegarían a ser los enormes talleres checoslovacos de Skoda.

Tan considerables eran los beneficios puestos en juego, que los jugadores podían soportar tremendas pérdidas sin pestañear. A finales del siglo, el rey Alfonso XII de España, cansado de los rebeldes cubanos, hizo saber que Madrid iba a sondear el mercado en busca de armamento. Fritz despachó inmediatamente a su mejor vendedor, Friedrich Wilhelm von Bülow, el cual se había hecho con los presupuestos de armas de Turquía, Portugal e Italia. Por desgracia para Bülow, debió contender con el más astuto de los traficantes de armas, sir Basil Zaharof, un antiguo refugiado de los Balcanes que pasó su niñez en los bazares de Constantinopla, celebró su llegada a la pubertad convirtiéndose en ladrón, y llegó a dominar de tal modo el arte de sobornar a los ministros de la Guerra, para mayor gloria de Vickers, que su patria adoptiva le nombró Caballero de la Gran Cruz del Baño, y Doctor en Leyes Civiles por Oxford. Durante cinco años, Bülow y Zaharoff se enzarzaron en una feroz lucha por el mercado español, y al final casi todos los oficiales españoles con grado superior a comandante eran partidarios de Krupp o de Vickers.

Pero nadie podía ser tan sinuoso como Zaharoff cuando se lo proponía. Así compró armas a Krupp y se las cedió a los insurgentes de Cuba. Luego traicionó a los rebeldes en favor de los españoles, y se pre-

sentó ante Alfonso XII con las pruebas de que Krupp no jugaba limpio. Eso le valió el jaque mate. La real moneda española no se convirtió en marcos, sino en libras, y como Zaharoff también era accionista de Schneider, igualmente se convirtió en francos. Los jubilosos franceses concedieron por ello a Zaharoff la Gran Cruz de la Legión de Honor. Bülow regresó desalentado a Alemania, pero Fritz trató de animarle diciéndole que los gráficos financieros de Haux no mostrarían siquiera una muesca. En la próxima ocasión, Bülow podría hacerlo mejor (*) (9).

De modo parecido, Krupp gastó una fortuna en la Feria Mundial de Chicago de 1893. Para albergar sus productos construyó un pabellón especial, reproducción de Villa Hügel, con su nombre desplegado sobre la fachada. Esto le costó un millón y medio de dólares. El *Scientific American* dedicó un número al asunto. «De todas las naciones extranjeras que toman parte en la Exposición Colombina Mundial de Chicago —comenzaba diciendo el artículo de la primera página—, Alemania lleva la delantera, en cuanto a extensión, variedad, coste y superioridad en casi todos los órdenes. De las muestras privadas, la de Krupp, el gran metalúrgico alemán, marcha en cabeza. Su pabellón es maravilloso, y por su amplitud empequeñecen a casi todas las demás muestras del mismo género.» Los dibujos permiten apreciar «un armazón de proa de acero colado, para un nuevo acorazado alemán», «una de las grúas móviles de Krupp, utilizadas para mover los grandes cañones de Krupp», y tres cañones de 16,24 pulgadas montados sobre cureñas hidráulicas. «Este cañón posee un especial interés —puede leerse—, debido a que fue probado en presencia del emperador germano en Meppen, el 28 de abril de 1892. En tal ocasión, su proyectil alcanzó cerca de las trece millas.» El artículo no podía haber sido más favorable de haber sido escrito en Essen (lo cual pudo muy bien suceder), pero nadie se tragó el anzuelo. Estados Unidos se hallaban plenamente satisfechos con su armamento, y con razón, ya que cinco años más tarde destruyeron las mercancías de Zaharoff en la Bahía de Manila, en El Caney, San Juan y Santiago. Uno se pregunta qué cariz hubiese tomado la guerra hispano-americana de no haber fallado Bülow en Madrid. Al año siguiente, los boers, que habían comprado su artillería (y sus artilleros) a Krupp, hicieron tambalear al Imperio Británico derrotando a tres ejércitos ingleses en una sola semana, y rodeando a Kimberley y Ladysmith. (El kaiser, con su inefable olfato, escribió rápidamente al príncipe de Gales aconsejándole que Gran Bretaña abandonase la lucha: «Hasta el mejor equipo de fútbol, cuando sale derrotado después de un mal partido, pone buena cara y acepta la derrota.») (10).

Fritz no sólo mantenía la superioridad paterna en el campo de las armas, sino que la aumentaba sin cesar. El único conflicto en que las armas de Krupp fueron derrotadas, durante la última década del siglo pasado, fue la guerra chino-japonesa de 1894, cuando los chinos, compradores de Alfred, fueron vencidos por los japoneses..., que eran clientes de Fritz. Al terminar el siglo, una docena de años después de haber asumido el control de la firma, el hijo era armero oficial de Moscú, de Viena y de Roma, y había vendido 40.000 cañones a las capitales europeas, «lo suficiente —predijo posteriormente *Nation*— como para hacerles considerar la necesidad de una paz armada». A semejanza de su padre, Fritz

(*) Pero no tuvo suerte. En 1914, cuando era agente de Krupp en Londres, fue acusado de espionaje, y encarcelado durante cuatro años. Nombrado para dirigir el despacho de posguerra de Krupp en Berlín, fue un eficaz instrumento del rearme secreto. Pero los Bülow parecían estar perseguidos por la mala suerte; tanto el hijo de Bülow como el nieto de Fritz, fueron acusados de dirigir uno de los imperios más horrendos de trabajadores esclavos del Tercer Reich (ver capítulos 19-22).

había sido obsequiado con un diluvio de condecoraciones (dieciséis de ellas por extraordinario heroísmo), y ostentaba títulos tan imponentes como el de comendador de la Orden de la Corona de Rumania. También poseía la Gran Cruz del Vigilante Halcón Blanco, la Cruz de Comendador de Enrique el León, y la Orden de la Corona, de Primera Clase con Gemas. Esta última era del Más Alto, el cual se mostró impresionado ante la fría hazaña de Fritz durante los disparos de Meppen (11).

Las estratagemas de Krupp no parecían tener fin. Tal vez la más provechosa de todas fue la que el divertido kaiser llamó el *Schutz und Trutzwaffen schaukeln,* su arma defensiva y ofensiva de columpio, que trabajaba de la siguiente forma. Habiendo perfeccionado su blindaje de acero y níquel, Fritz lo hizo saber en todas las cancillerías extranjeras. Tanto los ejércitos como las marinas invirtieron en ello su dinero. Luego divulgó los proyectiles de cromo y acero, que podían perforar el acero con níquel. Armadas y ejércitos volvieron a gastar en los proyectiles. A continuación, en la Feria de Chicago —y sólo eso justificaba el pabellón de Krupp—, Fritz presentó una plancha de gran contenido de carbono, capaz de resistir a los últimos proyectiles. Los pedidos llovieron sobre Krupp. Pero en el momento en que los generales y almirantes creyeron haber equipado sus fuerzas con armaduras inexpugnables, Fritz aportó buenas nuevas para los valientes partidarios del ataque, declarando que había perfeccionado un proyectil con nariz explosiva que podía perforar la plancha anterior, y que costaba un ojo de la cara. Los Gobiernos del mundo entero exprimieron a sus ministros de Hacienda y pagaron por las nuevas granadas. En aquel juego de tira y afloja se habían visto envueltos unos treinta países (12).

Fritz mostró las cifras de ventas al kaiser, el cual se rió socarronamente. La risa se le hubiera helado de haber sabido la verdad: hasta él había caído en la trampa, en uno de los vaivenes del columpio. Berlín acababa de invertir 140 millones de marcos en el último cañón de campaña de Krupp («Tipo 96»). A semejanza de todos los cañones en la historia de la artillería, hasta entonces, éste era una pieza compacta, es decir, que el tubo carecía de mecanismo de retroceso. Se movía cuando lo disparaban, y tenía que ser apuntado de nuevo para el siguiente disparo. El día en que Essen entregó el último envío a Tegel, Francia comenzó a armarse con el cañón Schneider de 75 mm, que absorbía su propio retroceso. El *Generalstab* se dio a los demonios. Pero Fritz les telegrafió diciendo que no se preocuparan; luego anunció con orgullo en Berlín que había conseguido *das Kruppsche Rohrrücklaufgeschütz,* el cañón cilíndrico de retroceso de Krupp, el cual demostró ser tan eficaz como el francés del 75. Ante el alivio general, a nadie se le ocurrió ahondar ante la precisa oportunidad de Fritz para lograr sus inventos, ni inquirieron lo que les iba a costar la nueva pieza. Esta era cara, y contribuyó a aumentar los ingresos de Krupp en 200 millones de marcos (13).

Algunas cejas se alzaron desconcertadas, pero los sucesos se desarrollaban con demasiada rapidez; antes de que algún crítico suspicaz hubiese tenido ocasión de carraspear para alzar una protesta, Fritz estaba explotando un nuevo artificio cuya existencia nadie sospechaba. En los últimos años del siglo diecinueve, concretamente en 1897, había sólo dos procedimientos básicos para el endurecido de las planchas blindadas. Una de las patentes pertenecía a Krupp, y la otra a un americano, H. A. Harvey. Las patentes fueron intercambiadas con la Harvey United Steel Company, que existía sólo en el papel, y cuyo presidente era Albert Vickers. Todos los fabricantes de acero entraron en la organización, que quedó integrada por Krupp, Vickers, Armstrong, Schneider, Carnegie y la Bethlehem Steel,

de los que Krupp recibió unos derechos de 45 dólares por tonelada del nuevo blindaje producido (14).

El blindaje es defensivo, pero los proyectiles no lo son, y en 1902 Krupp y Vickers llegaron a un segundo acuerdo cuyas consecuencias nadie pareció prever. Los ingenieros de Fritz habían desarrollado las mejores espoletas de tiempo de aquellos días, y a Albert Vickers le gustaron tanto, que quiso que todos sus clientes las poseyeran. Fritz envió los planos a Sheffield y prometió suministrar detalles acerca de cualquier futura mejora que se llevase a cabo. A cambio, Vickers grabaría en cada proyectil la marca *KPz* (Espoleta con patente Krupp), y pagaría a Essen un chelín y tres peniques por cada una de las granadas que se disparase. Mientras no se rompieran las hostilidades entre clientes asiáticos o sudamericanos de las dos firmas, el acuerdo no sufriría demasiado; pero en el caso de que se produjera una guerra entre Gran Bretaña y Alemania, la situación podía adquirir un aspecto bastante desagradable: eso significaría que Krupp se estaba aprovechando de las listas de bajas del Reich (15).

Tal posibilidad de guerra comenzaba a resultar cada vez más factible. Estudiantes alemanes y británicos, al encontrarse en cualquier país de Europa, hablaban con ligereza acerca del conflicto, haciendo gala de optimismo, aunque éste no lo sintieran en el fondo. Los marinos de guerra de Guillermo adoptaron la costumbre de brindar por «*Der Tag*». Ya en 1891 la recientemente formada *Alldeutsche Verband* (Liga Pangermánica) había distribuido carteles entre los comerciantes que decían: «*Dem Deutschen gehört die Welt*» (El mundo pertenece a los alemanes), y en su Cuartel General, el kaiser, que era la fuerza que actuaba detrás de aquellas incendiarias palabras, seguía jugando con fuego. La destitución de Bismarck había eliminado el único freno efectivo contra la política de expansión de Guillermo. Tal como éste la consideraba, la contienda franco-prusiana había abierto un magnífico camino a la conquista teutónica, y él estaba ansioso de que el proceso no se detuviera (16).

En Villa Hügel, mientras tanto, Fritz pensó de qué modo podía ayudar a su amigo. Una de las formas era contribuir al torrente de prosa inflamatoria. En consecuencia, en 1893 fundó un diario en la capital, el *Berliner Neueste Nachrichten*, así como un servicio de agencia informativa (*). La política editorial de ambas organizaciones aparecía muy clara. Debían apoyar a la firma Krupp, al Más Alto, al ejército, la marina, la industria alemana, y el *Alldeutsche Verband*. Guillermo se mostró debidamente agradecido. Pero las palabras no eran suficientes, y el kaiser suspiró con aire desdichado. ¿Qué le parecía a Krupp un cargo oficial? Fritz vaciló. Ya se lo había propuesto en una ocasión. Ahora, es cuestión de intentarlo de nuevo, le exhortó Guillermo. Este se sentía rodeado de traidores. Había pedido a los diputados que votasen cien millones de marcos para que pudiera aumentar en sesenta mil hombres el ejército, y los *Schweine* tuvieron la desfachatez de contestar que ya habían concedido doce millones, que el ejército se había triplicado desde Sedán y que con eso bastaba. Para acabar con semejante descaro, Guillermo se había visto obligado a disolver el antiguo Reichstag, y quedaría muy agradecido a Fritz si se presentaba como candidato para el nuevo Parlamento.

Como fiel alemán que era, Fritz accedió a la petición, y como leales Kruppianer que eran sus capataces, escoltaron a los obreros hasta las

(*) El servicio informativo tuvo corta vida, pero el periódico siguió publicándose hasta el año 1919, en que desapareció entre la revolución alemana.

urnas y les vigilaron mientras votaban. El primer resultado no dio conclusión alguna: Krupp obtuvo 19.484 votos contra 19.447 del candidato católico, y unos cinco mil para el SPD. En la siguiente votación, Fritz logró la victoria, pero por escaso margen, asimismo. El perdedor se quejó de que los procedimientos electivos en el Konzern habían sido irregulares, pero los funcionarios que controlaban el comicio aseguraron que no habían visto nada extraño (*). Los jubilosos vencedores suministraron cerveza gratis para todo el mundo en Essen, organizaron un desfile de antorchas, y luego corrieron colina arriba. Manifiestamente turbado, su *Exzcellenz* apareció brevemente en un acto y murmuró unas pocas palabras, que nadie llegó a oír. Era una muestra de lo que iba a ser su actuación ya que aunque fue diputado por Essen desde 1893 a 1898, Fritz nunca se levantó para hablar, y parecía asombrado ante la necesidad de tan estricta disciplina en un Parlamento controlado por los admiradores del emperador. El presupuesto del ejército fue aprobado con el apoyo de Fritz, pero eso fue como muestra de gratitud. En una ocasión votó contra su propio jefe, y otras dos veces sus débiles muestras de decoro político llegaron a constituir una fuente de preocupación nacional. En 1894 declaró durante una importante cena del partido, que si no se llegaba a firmar un tratado comercial con Rusia, podía estallar la guerra. Prosiguió diciendo que lo sabía porque Bismarck se lo había dicho a su médico, y éste se lo informó a él, Fritz. Al día siguiente la sensacional declaración apareció en los titulares de todos los periódicos de Berlín, exceptuando el de Krupp. El canciller, que ya estaba retirado, se vio obligado a dar una negativa categórica. Luego escribió acerbamente a Fritz: «No puedo imaginar a Schweninger expresándose tal como se ha informado. Habría sido un absurdo» *(Ich kann Schweninger doch nicht das Gegenteil meiner Ansicht ganz zwecklos aufgebunden haben.)* (17).

Aquí Bismarck resulta sospechoso. La idea tuvo que ocurrírsele a él, ya que se necesitaba hacer algo para crear desconcierto ante el nuevo convenio militar franco-ruso. Pero eso era secundario. Lo que Fritz nunca debió hacer era faltar de ese modo a la confianza que se le había otorgado. Tenía la lengua casi tan suelta como su emperador. Cuatro años más tarde, en lo más delicado de la crisis anglo-francesa acerca de Fashoda, Krupp se hallaba cenando en el Hohenzollern Schloss, cuando el ministro de Asuntos Exteriores manifestó que si él fuera primer ministro de Inglaterra declararía la guerra a Francia inmediatamente utilizando Fashoda como excusa, ya que ésta constituía una excelente disculpa. El equilibrio del poder favorecía temporalmente a Inglaterra *(«...denn so günstige Verhältnisse kämen für England so bald nicht wieder»)*. Fritz regresó a su hotel y escribió una carta a un amigo de Londres, solicitando que las palabras del ministro alemán fueran transmitidas al primer ministro británico. El resultado fue el que podía esperarse: contritas explicaciones por parte de Berlín, y mayor convencimiento entre los ingleses de que los alemanes sufrían de una dolencia que les hacía hablar demasiado (18).

Fritz se hallaba sumamente incómodo en público, y muy a sus anchas en la vida privada. Siempre lo había dicho, y ahora el kaiser se mostró de acuerdo con él. Por una vez, S. M. tuvo tacto, pues no estaba en condiciones de censurar a otro hombre por sus frases imprudentes. Por otra parte, si la gestión de Krupp en el Reichstag resultaba aparentemente un fracaso, el monarca opinaba otra cosa. De la manera solapada que le

(*) Claro que no vieron nada fuera de lo común, ya que en esas mismas elecciones un industrial-político del Sarre, el barón Karl von Stumm-Halberg, envió a «sus» votantes de Neukirchen en columnas hasta las urnas.

caracterizaba, el diputado por Essen había estado contribuyendo a dar forma al futuro imperio de un modo mucho más efectivo que cualquier otro hombre de la Cámara. Guillermo soñaba con una poderosa armada germana, y en 1895, durante las ceremonias de inauguración del canal entre el mar del Norte y el mar Báltico, el kaiser pidió a Krupp que le ayudase a conseguir su objetivo. La situación era intolerable, hizo notar Guillermo. La patria se había convertido en la segunda nación comercial del mundo, y sin embargo su flota era sólo la quinta. Hasta Italia tenía más barcos de guerra que ellos. En la historia de la civilización, ninguna potencia comercial había mantenido su posición sin el apoyo del poder marítimo. Además, existía el río revuelto de las colonias. Los acorazados eran indispensables, si el Reich pretendía aprovecharse de las escasas oportunidades que aún quedaban. ¿Se iba a unir Krupp a su cruzada?, terminó inquiriendo (19).

Krupp se unió a ella. Aumentó su apoyo al Alldeutsche Verband que ya estaba clamando por una fuerte marina de guerra, y contribuyó activamente a la Flottverein (Liga Naval), cuyo centenar de miembros, cuerpo de conferenciantes pagados, y la revista *Die Flotte*, estaban inundando el imperio con literatura chauvinista. Pero Fritz podía hacer algo más que pedir una armada; podía construirla. Después de unas conferencias con Friedrich Hollmann, vicealmirante y jefe del Almirantazgo Imperial (Reichsmarineamt), Krupp se dispuso a reformar los talleres Gruson para la producción en masa de planchas acorazadas de acero con níquel destinadas a los acorazados, y a construir nueve de estos navíos en Essen. Al año siguiente, 1896, la campaña de Guillermo dio dos pasos gigantescos hacia adelante. Hollmann fue sustituido por el marino más capacitado de su época, Alfred von Tirpitz. Krupp compró en ese momento unos astilleros en Kiel. Situada en el fondo de un asombroso fiordo del Báltico, y orientada hacia uno de los mejores puertos naturales de Europa, Kiel era conocida principalmente como fondeadero del yate privado de Guillermo, el *Hohenzollern*, nuevo y magnífico navío pintado de blanco y oro, que se balanceaba majestuosamente sobre las profundas y azules aguas del fiordo. Nadie había prestado demasiada atención a los marinos que allí estaban, puesto que en Alemania el ejército tenía su especial timbre de gloria, y los habitantes de la ciudad vecina se mostraron indiferentes al Germaniawerft, un astillero que había sido fundado por unos daneses, y que languideció tras una sucesión de propietarios. Ahora Kiel rebosaba de Kruppianer y de actividad. Las instalaciones de Fritz en aquel lugar, así como sus fábricas de Essen, Annen, Rheinhausen y Magdeburgo, suponían que era capaz de construir toda una flota, desde lo remaches a los proyectiles. Krupp celebró el acontecimiento agregando un ancla a su escudo de armas (20).

Pero antes de que pudiera suministrar las herramientas para el proyecto que su imperial patrono tenía en la mente, debía conseguir fondos del Reichstag. Esto se convirtió en un drama en dos actos: las leyes de la Armada de 1898 y de 1900. El primer programa de Tirpitz fue aprobado por la Cámara, pues era relativamente modesto. La superioridad de Inglaterra y Francia seguiría sin sufrir menoscabo, y la potencia marítima conseguida sería la indispensable para mantener abiertas las rutas de abastecimiento en caso de guerra. El segundo acto fue muy diferente. Krupp había terminado escasamente de colocar las quillas de su primera flota, cuando Tirpitz cambió de parecer. Dijo que quería una fuerza tan enorme que la mayor potencia naval del mundo tuviera que pensarlo dos veces antes de enfrentarse con ella. Esto era un desafío declarado a los británicos, que en cierto modo se lo habían buscado. Frustrados por los reveses de Sudáfrica, uno de los navíos de Victoria se apoderó

del barco mercante alemán *Bundesrath,* destinado a los boers. Las ligas Pangermánica y Naval pusieron el grito en el cielo. Guillermo dijo a la nación que debían exigir su «*Platz an der Sonne*» (lugar en el sol) y agregó: «*Deutschlands Zukunft liegt auf dem Wasser*» (el futuro de Alemania está en el mar). En un frenesí xenófobo, la mayoría del Reichstag dejó de lado la política moderada de una coalisión centrista progresiva del SPD, y autorizó la construcción, «sin tener en cuenta el costo», de treinta y ocho navíos de línea, los suficientes como para equipararse con la flota británica (21).

Fritz había llegado al mar por la puerta grande. Mientras extraía derechos al trust Harvey por todo el acero de planchas blindadas que se empleada en las armadas de Inglaterra, Francia, Japón, Italia y Estados Unidos —es decir, las potencias que se enfrentarían a Alemania en los quince años siguientes—, Fritz construyó nueve acorazados, cinco cruceros ligeros, y treinta y cinco destructores para Tirpitz. El almirante debió haber quedado satisfecho, pero no se mostró conforme. Tercamente insistió en que el Reichsmarineamt debía recibir tanto como pagaba, mientras que sólo estaba obteniendo la mitad. En efecto, Krupp facturaba 279 millones de marcos por el blindaje del navío, y Tirpitz descubrió que los beneficios del armero eran exactamente del ciento por ciento. Krupp tampoco quedó satisfecho con el asunto, y su periódico berlinés montó una vigorosa campaña declarando que el Reichsmarineamt estaba regateando sobre los precios, cuando la seguridad de la patria se hallaba en peligro. El príncipe Otto zu Salm-Horstmar, nuevo presidente del Flottverein, escribió a Tirpitz rogándole que sacrificase su dinero en beneficio de la velocidad. Increpado ásperamente, el príncipe admitió que le habían pedido que escribiera la carta. Los peticionarios eran «caballeros relacionados con intereses industriales alemanes», específicamente, Krupp. Lleno de cólera, Tirpitz trató de llevar a Krupp a los tribunales, exigiendo al mismo tiempo que se pusiera fin a su «política de precios de monopolio». El fuego de contraataque se abrió en seguida. Desde Essen un industrial bien informado calificó al almirante de la barba de horquilla como «padre de mentiras» *(Vater der Lügen).* Tirpitz exigió ver los libros de Fritz, y éste recurrió al kaiser (22).

El Más Alto ordenó al almirante que abandonara la lucha; ésta sólo podía beneficiar a los enemigos del Reich. Y cuando Tirpitz sugirió que los contribuyentes del imperio debían ser ayudados y confortados, asimismo, Guillermo hizo como que no le oía. En sus relaciones con Krupp, el kaiser había cruzado una especie de Rubicón, invisible para el viejo lobo marino, pero de espléndidas perspectivas. Según el futuro iba a demostrarlo, Guillermo sintióse obligado a defender a Krupp contra todas las acusaciones, por graves que fueran. El kaiser necesitaba a su armero, pues su reino estaba estrechamente comprometido con el militarismo. En la batalla, el músculo de Kruppstahl que suministraba el *Staat im Staate,* sería indispensable. Sin la Casa de Krupp, la Casa de Hohenzollern se convertiría en un castillo de naipes. Aquélla era una época en que las presiones de los pacifistas obligaban a los jefes de Estado a enviar delegados elegantemente vestidos a las conferencias de desarme de La Haya. El kaiser aborrecía las conferencias por principio desde luego, y sus obligaciones hacia Essen le hacían odiarlas aún más. Como bien señaló el rey de Italia, el kaiser nunca accedería a «recortar las alas de Krupp». No lo haría... ni podía hacerlo. En el margen de un documento de propuesta de paz, Guillermo escribió: «¿Con qué pagaría Krupp a sus obreros?» (23).

Mientras tanto, Kiel, a semejanza de Essen, estaba experimentando nuevos y asombrosos artilugios de guerra. A pesar de la opinión de Tir-

pitz, los ingenieros del Germaniawerft habían llegado a la conclusión de que los buques sumergibles eran realizables. La perfección de la brújula giroscópica hacía posible la navegación bajo el agua, y el motor de Rudolf Diesel suponía que podría eliminarse la peligrosa gasolina, que además producía humos. La construcción no iba a iniciarse hasta dentro de unos cuantos años, pero ya se habían terminado los planos del primer submarino alemán. Haciendo alarde de escasa imaginación, le bautizaron *das Unterseeboot-eins*: el U-1 (24).

El primero de enero de 1900, Essen acogió al nuevo siglo adecuadamente, con un estrepitoso despliegue de fuegos artificiales. Desde la Gusstahlfabrik, Limbeckerstrasse, y la antigua plaza entre el Flachsmarkt y el Rathaus, los cohetes restallaban y se desintegraban, pintando en el cielo nocturno un ígneo cuadro, presagio, aunque nadie lo comprendiese, de lo que el futuro les reservaba. En la colina, dos Krupp que vivirían para ver las sombrías secuelas, observaban furtivamente el espectáculo desde las habitaciones del kaiser. No debían estar aún levantadas. De doce y trece años, Bárbara y Bertha Krupp llevaban una existencia solitaria y espartana. En ocasiones, sin embargo, se les permitía ir con su padre de excursión, a bordo de uno de sus dos yates, el *Maja* y el *Puritan*, y las fotografías que Bárbara conservó de aquellos viajes, dan un indicio de lo que las muchachas eran por aquel entonces. Parecían pequeñas, frágiles, y tremendamente indefensas. Con sus rostros morenos ovalados, y los amplios ojos observando debajo de sus gorritos se advierte la inocencia e ingenuidad de unas chiquillas privilegiadas en una época de enclaustramiento. Sin duda les divertía mucho el comportamiento del gracioso fotógrafo *(Mädchen! Ach, passen Sie auf!)*, pero parecían estar escrutando a través de dos tercios de siglo de brutalidades, crímenes y otras cosas peores (25).

Lo peor para ellas llegó en sus tiernos años. Estuvieron a punto de convertirse en víctimas de la conducta irregular de su padre, o si uno considera que todas las formas de comportamiento sexual son igualmente aceptables, de una sociedad que encaraba las cosas desde un ángulo diferente. Gert von Klass nos ha dejado una memorable descripción de la clase media alemana en la época de Guillermo: «Este *fin de siècle* fue muy distinto del dieciocho, cuando esa frase se puso de moda... Ahora llegaba el rumor de las sedas y las chucherías de los salones. Esta falta de gusto iba acompañada por la vulgaridad de las masas y el crecimiento de la hipocresía, que fue bendecida con un aura de piedad, incluyendo una noción espuria de «moralidad sexual». Tales conceptos eran característicos de la época» *(Begriffe der Zeit)* (26).

En semejante ambiente, las actividades secretas del industrial más opulento del Reich iban a identificarle como un monstruo. Y lo cierto es que aún hoy los más liberales consideran como una verdadera aberración el comprar muchachos con fines carnales. A pesar de todo, Fritz Krupp no parecía monstruoso. Se nos aparece también en las antiguas fotografías de su yate, y a diferencia de su padre, no tiene aspecto repulsivo, ni tampoco de trastornado como su madre. Sólo resulta un personaje encorvado, rollizo, como un cómico hombre de negocios vestido con estrechos pantalones blancos y una gorra de marino, que maneja torpemente unos recipientes y cacharros. Resulta imposible leer su expresión, ya que jamás mira a la cámara fotográfica. Pero el gesto no es evasivo, puesto que tiene la mejor disculpa: se encuentra absorto en su pasatiempo favorito, examinar especímenes de ciencias naturales. Ninguno de los que conocían a Krupp le envidiaban sus distracciones. Sabían

muy bien que a pesar de toda su riqueza había tenido una vida muy difícil, una infancia artificial, una educación ingrata, y que más tarde se vio abrumado por tremendas responsabilidades. Los socialdemócratas, desde luego, no sentían la menor simpatía por Fritz. Su periódico *Vorwärts,* dirigió una vigorosa campaña contra él, al que en una caricatura típica representaban con sombrero de copa, corbata blanca y frac, mirando desdeñosamente a un barbudo capataz. Este decía: «La gente está muy enfadada por la reducción de salarios, y amenazan con matarme.» Y Fritz le contestaba: «Mi querido Müller, ¿qué puede importarme eso?» (27). En realidad, se trataba de una aviesa mentira. En la firma Krupp no hubo falta de pagos desde el decenio de 1870, y aunque el epíteto favorito de los enemigos de Krupp en el SPD era el de *kaltblütig* (despiadado), en Essen se sabía que la verdad era muy distinta. No sólo Fritz había continuado con los planes paternalistas de su padre, sino que se tomó un interés personal por la nueva colonia para trabajadores retirados de la empresa, donó un millón de marcos para la atención de los obreros heridos, y organizó clubs de remo, de esgrima y corales para los empleados de su firma. A diferencia de su suegra, Marga colaboró entusiasmada en esos proyectos. Más tarde, la tirantez con los patronos hizo que se la conociera en el Ruhr no precisamente como un «ángel de bondad». Sin embargo, a ella se debió la creación de un hospital para mujeres y de un grupo de enfermeras visitantes. Incluso preparó a sus hijas para que fueran a ver a los trabajadores enfermos. La familia Krupp estaba magníficamente considerada en Essen. Por ello, los ataques del *Vorwärts* fueron tan acerbos. El afecto que profesaban sus obreros a Krupp, contradecía el dogma socialdemócrata. Era como aplastar al SPD con bondad.

Para el observador marxista, Krupp no podía ser más que la quinta esencia del capitalismo maligno. Era un fabricante de artefactos de muerte, aconsejaba al emperador en *Weltpolitik,* había hecho una fortuna con el sudor del proletariado, y la despilfarraba en repugnantes bacanales. Su reino privado comprendía tres propiedades particulares: Hügel, un pabellón de caza en Sayneck, a orillas del Rin, y Meineck, otro pabellón situado en Baden-Baden, que Marga había heredado de un pariente lejano. En Sayneck y Meineck recibía Fritz a la aristocracia del Reich; en su castillo de Essen acogía a las testas coronadas: el kaiser, el rey Carlos de Portugal, el rey Leopoldo de Bélgica, el emperador Francisco José de Austria y el príncipe de Gales, antes de su ascenso al trono como Eduardo VII de Inglaterra. Las fiestas de Fritz en el hotel Bristol de Berlín, a pocos pasos del cruce de Unter den Linden y Wilhelmstrasse, eran acontecimientos mundanos importantes. En febrero de 1898, *Volkszeitung* describió así una de las recepciones más sencillas de Fritz:

> *«Der Abgeordnete Krupp gab im Hotel Bristol am Sonntag Nachmittag 1 Uhr etwa 250 Personen ein Frühstück... Herr Krupp ist in der glücklichen Lage, ein Jahreseinkommen von 7 Millionen Mark zu versteuern.»*

«El diputado Krupp dio un banquete en el hotel Bristol, a la una de la tarde del domingo, para 250 invitados. Casi todos los ministros, así como numerosos miembros de la aristocracia de Berlín, incluyendo gran número de políticos, se hallaban presentes. Había mesas separadas, cada una para diez o doce personas. Cada lugar estaba presidido por un barco en miniatura adornado con violetas, o bien por una mortífera bala o granada... que contenía violetas u otras flores. Después de la comida, los invitados asistieron a una repre-

sentación especial presentada por actores del Teatro Central y del Jardín de Invierno, así como por cantantes tiroleses, trovadores negros *(Negerministrels)*, y un grupo italiano de conciertos. Herr Krupp se halla en la posición envidiable de poder pagar impuestos de siete millones de marcos, por sus ingresos anuales (28).

Este era el punto de vista del SPD acerca de Krupp, el de un rollizo magnate que eructaba satisfecho junto a sus colegas explotadores, y que contaba chascarrillos de dudoso gusto. De haberles dicho que Fritz aborrecía esas fiestas, no lo hubieran creído. ¿Quién podía odiar las grandes bandejas llenas de manjares suculentos? Fritz las odiaba. Y ello se debía a que tenía que desviar su anhelante mirada, sin poder probar las creaciones culinarias del *chef* del hotel Bristol. Con frecuencia se veía obligado a tomar sólo un vaso de agua mineral. Hasta los cigarros le habían sido prohibidos, y ello le causaba un gran sufrimiento. Schweninger le ordenó que se echase boca arriba durante una hora, después de cada comida. Por todo ello, los banquetes de Krupp eran una tortura para el interesado. Aparte de la comida, se mostraba retraído ante la confiada charla de los invitados, llenos de aplomo; tartamudeaba cuando quería intervenir en la conversación, y terminaba retirándose desolado al Ruhr, donde el clima era un veneno para su asma, sus vértigos y la hipertensión que padecía. En Essen se dedicó tozudamente a batallar contra la debilidad de su organismo. Hizo instalar un gimnasio en Villa Hügel, y todas las mañanas se levantaba temprano y se aplicaba a un agotador entrenamiento. Luego, por la tarde, hacía su peregrinaje hasta la báscula de la Stammhaus. Una anotación característica decía: «15 de mayo de 1894. F. A. Krupp, 88,4 kilos. Sin chaleco ni chaqueta, 85,7 kilos.» Eso no bastaba, y al pensar que los únicos años saludables de su vida habían sido los que pasara con su madre en los elegantes balnearios de Italia y del sur de Francia, comenzó a echar anhelantes ojeadas hacia el mar Mediterráneo (29).

Una gran pasión, como ha observado George Moore, es el fruto de muchos años carentes de pasiones. Después de su yerma juventud, Fritz sin duda pensó que tenía derecho a algo de ardor, y nadie parecía más adecuado para ello que los vehementes latinos. Nápoles le atrajo primero, debido a que era el lugar donde residía Anthon Dohrn, el zoólogo alemán. Al principio, Dohrn ignoró las propuestas de Essen. Su *zoologische Station* era sólo para profesionales, y estaba cansado de biólogos marinos aficionados. Pero Fritz no era un aficionado corriente. En primer lugar, podía permitirse un equipo de investigación mucho más completo que el de Dohrn. En Kiel hizo reformar y equipar su yate *Maja* para expediciones de búsqueda de fauna oceánica. Además, la vena científica que el padre había tratado de desarraigar, se hallaba presente aún.

Después de las primeras expediciones del *Maja,* tanto Dohrn como el doctor Otto Zacharias, de la *biologische Station* de Plön, admitieron que Krupp estaba haciendo una contribución auténtica, aunque limitada, a la investigación. Frente a las costas de Nápoles, Salerno y Capri, Fritz recogió e identificó correctamente treinta y tres nuevas especies de «formas animales que nadaban libremente», cinco especies de gusanos marinos nunca hallados fuera del Atlántico, cuatro especies de peces, veintitrés tipos de plancton y veinticuatro especies de crustáceos. Lleno de gozo, Fritz ordenó al Germaniawerft que diseñase aparatos perfeccionados para la inmersión en alta mar, y decidió pasar todos los inviernos y primaveras en Italia. Tendría como base de operaciones la isla de Capri. Y allí, al comenzar el año 1898, fijó su residencia durante varios meses del año. Por primera vez hacía algo que siempre quiso hacer. Por fin, sus

largos y estériles años rendían un fruto. Cuando el vicealmirante Hollmann le escribió en 1898 diciendo que le echaban de menos, Krupp replicó como sin darle importancia: «Me hablan desde Essen ocasionalmente. Pero nada bueno, en general. Charlan acerca del Ministerio de Guerra, de la Armada, del Ministerio de Asuntos Exteriores. Y de los beneficios que pueden venir de lugares como esos.» *(Und was könnte auch Gutes von diesen Stellen kommen.)* Me parecía más lógico permanecer aquí, montar mis especímenes de *Scopelus crocodilus, Cyclothone microdon,* y *Nyctophanes norwegica sars,* cuya presencia en el Mediterráneo no se había sospechado (30).

Eso no era aconsejable. En realidad, era un juego arriesgado, ya que Fritz no se limitaba a sus estudios sobre las formas primitivas de vida. También coleccionaba *Homo sapiens,* y un puñado de alemanes lo sabía. El primer berlinés que advirtió que Krupp se había convertido en un ardiente pederasta fue Conrad Uhl, el propietario del hotel Bristol. Al saber que Fritz había tomado la costumbre de enviar a su esposa a otro hotel, cuando ella acompañaba a Krupp en sus viajes a la capital, herr Uhl mostróse asombrado. El misterio quedó rápidamente aclarado. Krupp había manifestado al hotelero que cada cierto tiempo le iba a enviar algunos muchachos italianos al hotel Bristol, con cartas de recomendación. Eran sus *Schützlinge* (protegidos), y le dijo que agradecería que los empleara en el hotel como camareros. El pagaría sus gastos, desde luego, y lo único que pedía a cambio era que Uhl los dejase libres cuando él, Fritz, estuviera en la ciudad para que le hicieran compañía. El hotelero mostróse desconcertado, pero supuso que debía ser tolerante con un gran industrial. En realidad, no imaginó la mucha tolerancia que Fritz esperaba de él. Los muchachos que llegaban eran muy jóvenes, no hablaban alemán, se mostraban díscolos, y carecían de cualidades para servir como botones, pajes o marmitones, y mucho menos para atender las mesas. Y eso era cuando Krupp estaba afuera. Cuando llegaba, las cosas marchaban peor. Todo el grupo de apuestos jóvenes se congregaba en la *suite* del industrial, y el hotelero, al escuchar las risitas y los gritos que salían de las alcobas, extrajo conclusiones evidentes. El no hablaba italiano, dijo al *Kriminalkommissar* Hans von Tresckow, de la policía de Berlín, pero no se necesitaba un intérprete para comprender «aquello» (31).

Así comenzó el primer *Fall Krupp* (caso Krupp), que llegaría a sacudir hasta el tronco del propio emperador. Para comprender las consecuencias del caso de Krupp, debe hablarse previamente de la peculiar situación del homosexualismo masculino en el Segundo Reich. Este vicio constituía la peor de las ofensas... y paradójicamente resultaba el más prestigioso. Según el conocido párrafo 175, del Código Penal alemán, cualquiera que estuviese remotamente asociado a la inversión, era un delincuente inconfesable, susceptible de ser condenado a una larga pena de trabajos forzados. Eso fue lo que llevó a Uhl hasta el comisario Tresckow. Friedrich Alfred Krupp, de Essen, era su cliente principal y más destacado, pero había colocado al hotel en una posición vergonzosa. Como empleador nominal de los pasivos amantes de Krupp, herr Uhl era, a los ojos de la ley, un alcahuete de invertidos. Tal vez un *Kanonenkönig* pudiera sobrevivir al escándalo, pero un humilde hotelero corría peligro de arruinarse.

Por otra parte, resulta significativo que Tresckow no se inmutase ante la denuncia. Según explicó muchos años más tarde, en sus memorias, *Von Fürsten und andern Sterblichen,* el *Kriminalkommissar* se hallaba en esa época dedicado a varios cientos de investigaciones semejantes, cada una de ellas relacionada con un eminente ciudadano del Reich. La *Kultur* de la época de Guillermo, que exaltaba la virilidad, había producido una generación de afeminados. En el extranjero, la sodomía se conocía dis-

cretamente con el nombre de «vicio germano»; los hombres en apariencia más varoniles del imperio se escribían entre ellos cartas apasionadas. Entre los diestros practicantes de las perversiones anales y orales se contaban tres condes, todos ayudantes de campo del kaiser; el secretario privado de la kaiserin; el chambelán de la corte, y el amigo más íntimo del emperador, el príncipe Pillipp zu Eulenburg und Hertfeld, que dormía con el general conde Kuno von Moltke, el comandante militar de Berlín. El rey de Württemberg tenía amores con un mecánico, el de Baviera con un cochero, y el archiduque Luis Víctor —hermano del emperador austrohúngaro Francisco José— con un masajista vienés que le llamaba con el tierno nombre de Luzi-Wuzi.

En los archivos de Tresckow había íntimas descripciones de orgías *fellatio* en masa, entre oficiales de la aristocrática Guardia de Corps del kaiser. Durante una fiesta en la propiedad del príncipe Maximiliano Egon zu Fürstenberg, el general conde Dietrich von Hülsen-Haeseler, jefe del gobierno militar del Reich, apareció delante del emperador y de los demás invitados ataviado con un traje de ballet de color rosa. Las espaldas de estibador del general se inclinaron en una delicada reverencia de cisne, y luego el militar evolucionó interpretando una graciosa danza, mientras los oficiales reunidos allí suspiraban admirados y llenos de pasión. Hülsen-Haeseler recorrió toda la pista, hasta llegar ante el emperador para efectuar su inclinación final, y ante la mirada atónita del kaiser, cayó muerto al suelo, fulminado por un ataque cardíaco. La confusión que siguió hizo que la rigidez cadavérica se presentase antes de que los compañeros de armas del fallecido se dieran cuenta de que sería inadecuado enterrar a un general con faldas. Pasaron un momento muy desagradable tratando de colocar al muerto el uniforme de su rango. No obstante, todos estuvieron de acuerdo en que había «bailado bellamente» (32).

Como es lógico, la policía de Berlín no podía encarcelar a todos estos hombres. El *Kriminalkommissar* y su jefe, el *Polizeikommissar*, llamado Meerscheidt-Hüllessem, que controlaban el *Verbrecheralbum* (fichero de casos criminales), estaban decididos a proteger al imperio de alcahuetes y maníacos homosexuales masculinos que podían chantajear —y lo hacían con frecuencia— a los dirigentes del país. El jefe de policía estaba en posesión de unos índices por riguroso orden alfabético donde se describía el comportamiento de los invertidos más famosos, así como las características de sus compañeros. Los generales y condes que tenían relaciones entre ellos se hallaban a salvo (menos cuando el siniestro Holstein decidió desacreditar a sus enemigos de la corte, organizando juicios públicos como consecuencia del caso de Krupp), pero Fritz, en cambio, estaba más comprometido a causa de que sus protegidos eran gente anónima. Estos no tenían nada que perder, si hablaban, y las autoridades no podían intimidarles sin mezclar en el asunto a sus benefactores. Mientras se planteaba semejante dilema, el comisario Meerscheidt-Hüllessem murió. En su testamento se especificaba que los comprometedores documentos debían ser enviados bajo sello a Hermann von Lucanus, jefe de la casa civil del kaiser. El testamento pedía a Lucanus que enseñase los documentos al kaiser, los cuales iban acompañados de una carta del difunto *Polizeikommissar* explicando su contenido. La previsión del comisario resultó inútil, sin embargo. El Más Alto se negó a examinar tales asuntos, y ni siquiera quiso romper el sello de los documentos. Dijo secamente que éstos pertenecían a la policía, y fueron enviados de nuevo a Tresckow. Mientras tanto, el caso Krupp pareció haberse resuelto. Uhl se armó de valor, y dijo a Fritz que los hoteleros, a semejanza de los industriales, deben ser dueños de su casa. No podía admitir intrusiones

en su negocio y, en consecuencia, echó con cajas destempladas a los jovencitos que lanzaban chillidos y risitas, dejando a Fritz, por así decirlo, con las manos vacías (33).

Pero esto no duró mucho tiempo. La situación era mucho más grave de lo que creían los policías. Las reuniones más subidas de color tenían lugar en un reducido círculo de Capri, donde Krupp se hallaba lejos de los protectores comisarios berlineses, y donde el frenesí de las orgías aumentaba en cada temporada. Fritz pensó que había tomado las medidas necesarias para evitar indiscreciones. Siempre permanecía en el elegante hotel Quisisana, cuyo propietario, a diferencia de Uhl, tenía una mentalidad mucho más amplia, y era, además, un personaje en el gobierno local. Fritz había contribuido a varias obras de beneficencia en la comarca, construyó una carretera que cruzaba la isla, y envió regalos a todos los isleños que llegó a conocer. Luego, según las palabras de un compatriota exiliado, «se dejó ir». Otro de los amigos alemanes de Krupp manifestó que en Capri, éste disfrutaba de la conversación alegre, las bromas y «otras diversiones mucho más turbulentas». Era un modo muy delicado de decirlo. En realidad, transformó una gruta en una perfumada sucursal de Sodoma, donde apuestos jovencitos eran reclutados para integrar una especie de club de recreo de Krupp. Los miembros del mismo recibían la llave del lugar, y como muestra del afecto profesado por su benefactor, se les obsequiaba con broches de oro macizo que representaban granadas artilleras, o bien medallas con dos tenedores cruzados, ambos objetos diseñados por el propio Fritz. En pago de ello, los muchachos se sometían a las experimentadas caricias del industrial, mientras unos violinistas tocaban suaves melodías. Cualquier orgía se celebraba con cohetes, y de vez en cuando, al estar los chicos llenos de vino, y Krupp de pasión, se procedía a fotografiar el juego amoroso. Eso no parecía importarle a Fritz, y un traficante local de pornografía se dedicaba a vender copias de tales instantáneas. El *Konzernherr* fue también culpable de otros deslices. Por las fotografías podía advertirse que sus acompañantes eran poco más que chiquillos. Y lo peor de todo era que su gruta, la Ermita de Fra Felice, fue considerada como sacrosanta, y Fritz vistió al guardián del lugar con el hábito de los monjes franciscanos, ofendiendo profundamente, de ese modo, al clero local. Este parece haber sido su mayor error, si bien un escritor inglés que habitaba en la isla afirma que las autoridades italianas decidieron intervenir cuando los celos estallaron entre dos muchachos, y uno de ellos, creyendo que Krupp no le prestaba la debida atención, se dirigió a la policía de tierra firme. No resulta muy clara la forma en que el escándalo llegó a divulgarse. Lo evidente es que en la primavera de 1902, después de una intensa investigación llevada a cabo por altos funcionarios del cuerpo de *carabinieri*, el Gobierno de Víctor Manuel II pidió a Fritz que abandonase el territorio italiano y que no volviera jamás (34).

De haber terminado allí el incidente, el Rey de los Cañones hubiese regresado a su país tranquilamente. De todos modos había resuelto aprovechar bien el año, en las demás actividades. Sus hermanas iban a ser presentadas en la corte, por Pascua, el kaiser asistiría en Meppen a unas pruebas artilleras a celebrar en la semana siguiente, y después Krupp iba a inaugurar la Feria Industrial del Rin y Westfalia, en Düsseldorf, donde exhibiría un gigantesco eje propulsor de acero, de cincuenta yardas de largo. Sin perder nada de su aplomo, Fritz llevó a cabo el programa establecido. Guillermo estuvo de visita en Essen al celebrarse el centenario de la incorporación de la ciudad a Prusia, y él y Fritz intercambiaron obsequios generosamente. Ese mismo año, Krupp asistió a la regata de Kiel, que tuvo como invitado de honor al kaiser. Luego tomó

parte en la reunión financiera que el Konzern celebró con Ernst Haux, y en setiembre, cuando se trasladó a Londres para aprobar la duración por tiempo indefinido del acuerdo con Vickers, relativo a las espoletas, parecía como si sus antiguos devaneos hubieran sido olvidados. La gruta se había perdido, desde luego, y los jóvenes amantes tendrían que consolarse ellos solos. Pero había otras islas. Con toda discreción, Fritz se dijo que podía continuar con sus peculiaridades distracciones en otros lugares. No había razón para que Krupp volviese a oír hablar de Capri, siquiera.

Sin embargo, Fritz se olvidó de los periodistas. Ahora era un hombre fichado. No le habían sometido a juicio, pero se obtuvieron declaraciones juradas de algunos testigos. Además, las comprometedoras fotografías de Capri se hallaban en los archivos de la policía italiana, cuyos inspectores no compartían la misma preocupación que los alemanes por conservar el buen nombre del industrial del Ruhr. Durante seis meses, en los círculos oficiales se murmuró acerca de las peculiaridades de la *dolce vita* de Krupp, y al fin se envió a reporteros emprendedores para que verificasen los hechos y los publicaran. El asunto empezó cuando Fritz se hallaba en Londres. Casi simultáneamente, los diarios *Propaganda,* de Nápoles, y *Avanti,* de Roma, publicaron prolongados relatos del caso, al tiempo que en sus artículos de fondo se lamentaban de la corrupción de menores. Poco antes, Fritz había reinado sobre su Babilonia privada, gozando con sus imaginativas exhibiciones de sodomía. Pero ahora su refugio se desvanecía. Hasta su seguridad en Alemania se veía amenazada. Bajo aquellas fuertes tensiones, su apariencia se deterioró rápidamente. La baronesa Deichmann, que viajaba con su hija mayor en un buque de pasajeros, encontró a Fritz casualmente en el barco. Tan desaseado estaba Krupp, que la baronesa se compadeció; supo que vivía «en dos pequeñas estancias... de un hotel de la costa... imaginando que nadie le conocía allí, y que todos le creían pobre». Como vieja amiga de la familia que era la baronesa, «dolorida al ver su lamentable condición..., en vano traté de hacer que mandase a por su mujer, para que le atendiera y para que cuidase debidamente de su salud. Dijo que quería... vivir con los pescadores. Triste ejemplo, realmente, de lo poco que valen el dinero y la influencia para hacer felices a las personas» (35).

La baronesa constituye un ejemplo de la ingenuidad de las damas en la época de Guillermo. Frau Krupp era la última mujer en la tierra a la que Fritz deseaba ver. Según palabras de un comentarista más perspicaz:

> Sus distracciones, aparentemente inofensivas, terminaron de improviso con la irrupción de aquel triste y desagradable episodio que se llamó «el escándalo Krupp», y que llegó a sacudir a la Casa Krupp hasta sus mismos cimientos. El mundo se enteró, con detalles que resultaron asombrosos y que debieron ser suprimidos, de que el beneficiario de una de las mayores fortunas internacionales era un criminal, de acuerdo con los reglamentos de su propio país. Igualmente turbadora fue la repentina revelación de que el poderoso hombrecillo —en absoluto el casto, fastidioso y atento compañero que su padre le había creído— vivía una secreta doble vida *(ein Doppelieben führte)*» (36).

Ahora que la noticia se había divulgado, cualquier cosa podía ocurrir, Y lo que sucedió fue trágico. En octubre, unas cartas anónimas, con recortes de periódicos, fueron enviadas a Marga, a Villa Hügel. Trastornada,

la mujer de Fritz tomó el primer tren para Berlín y fue directamente a ver al kaiser. Guillermo mostró un profundo disgusto (con ella); luego mandó reunir a sus consejeros y sugirió que sería necesario delegar la administración de las fábricas de Krupp en una junta de interventores. El almirante Hollmann disintió enérgicamente, declarando que se hallaba en juego un principio moral. La empresa Krupp se basaba en la absoluta autoridad conferida al primogénito varón de la familia. Violar esa premisa suponía sentar un precedente, y en otra ocasión alguien podía proponer que el Reich fuera gobernado por interventores. Esto hizo que el emperador pensara el asunto dos veces. Dejó el caso sin resolver, y en el momento en que terminó la reunión, Hollmann envió a Krupp un telegrama comunicándole los pormenores de la misma. También le dio un consejo. El y otros amigos que Fritz tenía en la capital habían resuelto efectuar una maniobra estratégica. Dirían a Su Majestad que Marga no era responsable de sus actos, que sufría de alucinaciones y «necesitaba con urgencia un prolongado tratamiento en una institución para enfermedades nerviosas...», (*«Deren Unterbringung und untes Umständen dauernde Sistierung in einer Nervenheilanstalt nötig sei)* (37).

Fritz, sin valor para hacer nada, accedió. La escena que se produjo en Villa Hügel sólo puede ser imaginada. Frau Krupp, con los ojos muy abiertos y en medio de un acceso de histerismo, ve a herr Krupp, recién regresado, que ordena enviar el equipaje de su mujer al manicomio que tiene el profesor Bingswanger en Jena. A algunos miembros de la firma se les dijo que Marga iba a Baden-Baden para tomarse un descanso, pero la mayoría supo la verdad. Fueron muchos los criados que la vieron cuando la llevaban a la fuerza hasta el tren que la aguardaba en los terrenos del castillo. Eso ocurrió el 2 de noviembre. Los acontecimientos se sucedían ahora con rapidez. Seis días más tarde, el periódico católico *Augsburger Postzeitung* publicó un largo artículo fechado en Roma. Aunque no se nombraba a Fritz, una frase permitía identificar al personaje aludido: «Por desgracia, el caso concierne directamente a un gran industrial de la más alta reputación *(der Name eines Grossindustriellen von bestem Klang)*, que se halla íntimamente relacionado con la corte imperial.» (38).

Frenéticamente, Krupp pensó en entablar un juicio contra los dos periódicos italianos. Envió a buscar a Haux. Más tarde, el Finanzrat recordó el suceso ocurrido en una fría velada de otoño.

> «Fui al castillo en respuesta de la llamada de herr Krupp. Parecía como si éste supiera que ya le quedaba poco tiempo de vida. Mostró deseos de hacer una revisión total de su testamento. La gran mansión se hallaba aún como muerta. Frau Krupp estaba afuera... Herr Krupp me entregó un mensaje que debía llevar a su abogado privado de Berlín, el consejero de la corona Von Simson. Era necesario que yo saliera hacia la capital esa misma noche. Mientras los dos estábamos sentados en la sombría biblioteca, hablando de esto y lo otro... Creo que herr Krupp parecía una persona sensible y vulnerable... Debió de haber tenido una piel más dura *(eine dickere, empfindlichere Haut)* (39).

Simson aconsejó no celebrar el juicio. Puesto que el Gobierno italiano no había procesado a *Avanti* ni a *Propaganda*, toda acción legal por parte de unos alemanes resultaría muy incierta. Lo mejor era callarse y aguardar a que la tormenta escampase. El *Augsburger Postzeitung* ni siquiera había osado emplear el nombre de Krupp; tal vez nadie más lo haría, en adelante. Creer eso era una ingenuidad. Había un periódico, en particular, que estaba dispuesto a recoger el guante, y sus editores tenían

el mayor número de lectores del imperio. El golpe se produjo el 15 de noviembre. Ese día, en el número 268 de *Vorwärts* apareció un artículo con el título «KRUPP AUF CAPRI». «Durante varias semanas, la Prensa extranjera había publicado numerosos detalles chocantes acerca del "caso Krupp"», comenzaba diciendo el periódico. Después de describir la estancia de Fritz en Capri, y de revisar el significado del artículo 175, *Vorwärts* declaraba que *Exzellenz Krupp,* «el hombre más rico de Alemania, cuyos ingresos anuales desde la ley naval *(Flottenvorlagen)* han aumentado a 25 millones o más, que emplea a más de 50.000 personas en sus fábricas... se dedicó a prácticas homosexuales con los jóvenes de la isla. La corrupción adquirió tales proporciones, que algunas fotos realistas pudieron verse en el establecimiento de un fotógrafo de Capri. Una vez que Krupp hubo abierto el camino, la isla se convirtió en un centro de homosexualidad». El periódico informaba sobre las investigaciones de un inspector de policía italiano, acerca de la deportación de Fritz, y de la posibilidad de otros sucesos: «Mientras Krupp viva en Alemania, se halla sometido a las provisiones del artículo 175. Después que las prácticas perversas desembocaron en un escándalo declarado, es deber de la oficina del fiscal público emprender una acción legal.» (40).

Ahora, Fritz se vio obligado a iniciar un juicio. Pocas horas después de la aparición del periódico, telegrafió a la capital pidiendo al Gobierno que le ayudase. Esa misma noche, el canciller accedió a acusar al *Vorwärts* de difamación criminal. Hacia el anochecer, el número 268 se había convertido en un objeto de coleccionistas. La policía imperial confiscó todos los ejemplares que pudo hallar; se registraron las casas de los suscriptores y hasta se rebuscó en los pupitres de los miembros del Reichstag. Pero el brazo del Más Alto no podía llegar a todas partes, y el imperio entero tuvo conocimiento del *Fall Krupp.* El 18 de noviembre, Fritz ordenó que se colocara la siguiente nota en todos los talleres de Essen, Annen, Rheinhausen y Kiel, así como a la entrada de las minas de carbón y mineral que poseía.

> «*Ein Berliner sozialdemokratisches Blatt hat vor einigen Tagen ungeheuere Beschimpfungen und Verdächtigungen gegen Herrn F. A. Krupp gerichtet... Ausserdem ist die sofortige Beschlagnahme des Berliner Blattes und auderer Blätter welche den Artikel verbreitet haben, gerichtlich angeordnet worden.*»

> «Un periódico socialdemócrata de Berlín ha publicado recientemente insultos e insinuaciones de desgraciada índole contra herr F. A. Krupp. Se anuncia por la presente que a requerimiento de herr F. A. Krupp se están celebrando procedimientos criminales, en un tribunal público y contra el director responsable, por el Despacho Real de Acusaciones Públicas, de Berlín. Se han emitido asimismo órdenes judiciales para la confiscación inmediata del periódico de Berlín y de otros diarios que reprodujeron el artículo» (41).

Sin duda se trataba de un gesto impresionante, y el SPD probablemente se preguntó si podría sobrevivir a la perentoria acción. El saber que en los archivos de la policía de Roma había pruebas evidentes era una cosa, y llevar esas pruebas a un tribunal alemán era algo muy diferente. Si el Gobierno del kaiser decidía ejercer presión sobre los italianos, los valiosos documentos y fotografías —y hasta los mismos testigos— podían desaparecer. Los amigos de Fritz estaban pensando del mismo modo. Mensajes procedentes de Berlín aseguraron a Krupp que la maquinaria de la supresión se hallaba preparada. Sólo faltaba la orden

imperial, y el kaiser iba a darla si Krupp se lo pedía. No sólo Fritz se reivindicaría a sí mismo, sino que iba a prestar un enorme servicio al Reich. Con ello podía asestarse un golpe de gracia al SPD.

Así, el 21 de noviembre, Fritz dirigió una nota al chambelán del emperador, que comenzaba diciendo: «*Hochverehrter Gönner!*» («Muy estimado protector»):

> «*Ew. Exzellenz werden, von England heimgekehrt, erfahren, wie mir seitens der Sozialdemokratie mitgespielt wird... die ja angeblich meine Auswiesung verfügt haben soll.*»

> «Su Excelencia se habrá enterado, a su regreso de Inglaterra, de la mala pasada que me han jugado los socialdemócratas. El golpe fue tanto más duro para mí debido a la pena que unas semanas antes me había causado la enfermedad de mi esposa. Mis amigos de Berlín opinan unánimemente que no tengo más alternativa, en las presentes circunstancias, que rogar a Su Majestad que me conceda una audiencia y presentarme yo mismo en Berlín. Si surge la ocasión, me aventuraría, en caso de que se me conceda la audiencia, a rogar humildemente que el Gobierno italiano dé algunas explicaciones o conceda una satisfacción en lo relativo a sus órdenes para mi deportación» (42).

Terminaba diciendo: «Debo aceptar el consejo de mis amigos, como una necesidad extremadamente dolorosa y desagradable.» No era ese el lenguaje de un luchador, y sólo un luchador —Alfred Krup— hubiera derrotado a sus acusadores. Se requería un espíritu implacable y una tremenda falta de consideración hacia las propias hijas de Krupp. La madre se hallaba ya en un sanatorio para enfermos mentales, y el 22 de noviembre cuatro doctores se presentaron en el castillo para conferenciar con Krupp acerca de lo que se iba a hacer con Marga. Podía ser recluida durante toda su existencia, ser injustamente encerrada en una celda mientras sus hijas crecían creyendo que era una demente. Pero Fritz no podía consentir eso. Antes se moriría. Y eso fue lo que hizo.

En su última noche en el mundo, cenó con Bertha y Bárbara, y luego jugó con ellos al «Salta», un nuevo juego de salón. Se retiró temprano, pretextando que no se sentía bien. Afuera, un oscuro manto de nubes cubría a escasa altura el castillo. Por la mañana, el cielo apareció claro, y durante todo el día el sol iluminó tan vivamente la colina que atravesó hasta los humos de las chimeneas. Pero Fritz no vio el brillo del sol. No se sabrá nunca el momento preciso en que se suicidó. Lo único que puede saberse con certeza es que los documentos oficiales al respecto se hallan tan llenos de discrepancias que sin duda se trata de un conjunto de mentiras urdidas con toda premura. Haux, el observador más digno de crédito, estaba asistiendo a una gran reunión de empleados de la firma Krupp, esa misma mañana, debatiendo la forma en que podían ayudar al comprometido hombre de la colina. Todos ellos sabían que los médicos estaban considerando el futuro de Marga, y Haux, junto con dos colegas, decidió ir a Villa Hügel. Estaban resueltos a preguntar lo que se había decidido al respecto. Los tres hombres se trasladaron a la colina en un cabriolé.

> «*...Als wir am grossen Haus angelangt waren, stürzte Assessor Korn, der Privatsekretär, aus dem Hause heraus mit der Schereckensnachricht, dass Herr Krupp soeben gestorben sei... Wir betraten das*

einfache Schlafzimmer, in dem der stille Mann, der nun alles Erdenleid und alle Unruhe dieses Lebens überwunden hatte, in seinem Bette lag.»

«...Justamente cuando llegamos a la mansión, el abogado Korn, secretario privado de Krupp, salió corriendo con la asombrosa noticia de que herr Krupp había muerto unos minutos antes. El fallecimiento se produjo a causa de un ataque. La gran casa estaba aún como dormida. No vimos a ningún miembro de la familia. El acongojado mayordomo nos llevó al piso superior, y entramos en un dormitorio sencillamente amueblado. Allí yacía el cadáver del hombre que ahora se encontraba ya libre de todo sufrimiento terrenal.» (43).

La presencia de los médicos fue una simple coincidencia, aunque algunos pretendieron sacar conclusiones al respecto. Los doctores accedieron a firmar una declaración, que decía en parte:

«Herr Krupp hatte sich seit dem, Abend des einundzwanzigsten November unwohl gefühlt, jedoch hatten die Diener keinen Arzt hinzugezogen, da Dr. Vogt sowieso am andern Morgen um 6 Uhr erwartet wurde... Es bestanden die Symptome eines Gehirnschlages... Nachmittags um 3 Uhr trat der Tod ein.»

«Herr Krupp no se sentía bien desde la noche del 31, pero los criados, ante sus órdenes, no habían enviado aún a buscar un médico. De todos modos, el doctor Vogt se presentó en el castillo al día siguiente, a las seis de la mañana. Cuando llegó en la mañana del 22 de noviembre, halló a herr Krupp inconsciente... Poco después de la administración de dos inyecciones, el paciente recuperó el conocimiento y se dio razonable cuenta de lo que ocurría a su alrededor. Pidió al doctor Vogt que cuidase de sus dos hijas y que se ocupara de lo relativo al entierro. Hacia las 8,15 de la mañana, se hicieron evidentes la cortedad de la respiración, la lentitud del ritmo cardíaco y la frialdad de la piel... Los síntomas de hemorragia cerebral eran evidentes... La muerte se produjo a las 3 de la tarde.» (44).

Bastante después, esa misma tarde, la *Amtliche Deutsche Telegraphenbüro,* agencia oficial alemana de noticias, envió este telegrama por todo el Reich, que acogió con asombro la noticia:

«Villa Hügel, 22 november. Exzellenz Krupp ist heute nachmittag drei uhr gestorben. Der tod ist infolge eines heute früh sechs uhr eingetretenen gehirnschlags erfolgt.»

«Villa Hügel, 22 de noviembre. Su Excelencia Krupp murió a las tres de esta tarde. La muerte fue debida a un ataque que sufrió a las seis de la mañana» (45).

Según el relato de Haux, éste vio a Fritz muerto al mediodía. El momento preciso en que el segundo Rey de los Cañones sucumbió, es el primer punto contradictorio —algunos criados lo situaron desde las horas anteriores al alba, hasta mediada la tarde— y fue seguido de otras contradicciones. En tales circunstancias, cabe preguntarse cuáles fueron las últimas palabras que dijo Krupp. Sin duda tuvo que manifestar algo.

El Direktorium decidió que había fallecido sin hablar, y se informó a los periodistas que murió «sin recuperar el conocimiento» *(ohne dass er das Bewusstsein zuvor wieder er langt hätte)*. Pero en la confusión que siguió, se olvidaron de comparar su declaración con la de los médicos, y cuando se dieron cuenta de que éstos habían informado que Fritz «se dio razonable cuenta», rectificaron sus palabras. En apariencia, llegaron a la conclusión de que si tenían que haber últimas palabras, éstas debían ser las adecuadas. Por consiguiente, los periodistas supieron al fin que la última frase que se oyó de los labios del industrial había sido: «*Ich gehe ohne Hass und Groll aus diesem Leben und verzeihe allen denen, die mir weh getan haben.*» («Abandono esta vida sin odio, y perdono a todos los que me han hecho daño».)

Lo más singular de todo fue el comportamiento de los médicos. A fines de siglo, la medicina era una ciencia mucho más inexacta. De todos modos, resulta asombroso leer que «la frialdad de la piel» *(Abkühlung der Haut)* se había advertido antes de que se produjera una «progresiva pérdida de la conciencia». Hasta el más lego sabe que la piel no puede enfriarse mientras hay vida en un cuerpo (*). En realidad, la imprecisión médica de este documento (respiración corta y ritmo cardíaco lento, se describen como «los síntomas» que hicieron creer a los médicos que Krupp había sido víctima de un ataque), junto con su general vaguedad, sugiere que debió ser redactado por otra persona. Sea lo que fuere lo que los médicos vieron en el dormitorio de Fritz, serían ellos los últimos en presenciarlo. El detalle más asombroso de todos es que el cadáver fue colocado en un ataúd que se cerró en seguida. No iba a ser abierto por nadie, ni parientes, ni amigos ni miembros del Direktorium. Ni siquiera se iba a llevar a cabo una autopsia oficial. La razón que se dio acerca de esta omisión extraordinaria (e ilegal), fue que la forma de haber ocurrido la muerte constituía una «prueba importante en el juicio contra el *Vorwärts*, en vista de la relación existente entre las calumnias emitidas y el ataque consecuencia de ellas». Suponiendo que hubiera tal relación, las manifestaciones de un médico forense habrían sido fundamentales, desde luego. Al sellar el féretro, los médicos se colocaban, al igual que el difunto, bajo una densa nube de sospechas. El *Kölnische Zeitung* publicó un rumor que se estaba extendiendo por todo el imperio: «*Hat er sich selbst im Bewusstsein einer Schuld gerichtet?*» («¿Acaso el conocimiento de su propia culpabilidad le impulsó a quitarse la vida?») (46).

Las derechas lo negaron. *Der Tag*, el diario archiconservador y derechista, publicó un apasionado artículo necrológico titulado «Barbarie», declarando que el SPD había hecho de Fritz un «animal acorralado». En el extranjero también se aceptó esta interpretación. «De no ser por los salvajes ataques que llevó a cabo contra él la Prensa socialista, su vida se hubiera prolongado», fue uno de los comentarios corrientes que aparecieron en los periódicos norteamericanos. Pero nunca se oyeron voces más elocuentes que en el momento en que Fritz fue llevado hasta su tumba. Marga había sido liberada de su encierro en cuanto la nueva transmitida por la agencia de noticias llegó a Jena (en medio del ambiente de escaso sentido común, nadie pensó en lo singular que resultaba el que la cordura le hubiese vuelto a la mujer por el solo hecho de saber que su marido había muerto), y un vagón privado la condujo hasta el ramal de Hügel, a tiempo para tomar parte en los funerales efectuados el 27 de noviembre.

Pero no fue ella la que encabezó el duelo. El kaiser se reservó ese pri-

(*) En todo caso, lo que no puede enfriarse mientras hay vida es el propio cuerpo humano, pero existen numerosas enfermedades cuyo síntoma es la frialdad de la piel, como por ejemplo, en los déficits de circulación. (N. del T.)

vilegio. Por increíble que parezca, se presentó con uniforme de batalla, acompañado del Generalstab y de los oficiales del Reichsmarineamt de Tirpitz. La familia Krupp ha conservado una película en que se observa la conducción del féretro desde la Stammhaus hasta el cementerio. No se ve a la viuda, pero en cambio allí está Guillermo, avanzando solo detrás del armón. Con la mano derecha sostiene la espada contra su gran capote de húsar. Detrás de él van los generales y almirantes, en compacta formación. Como en todas las películas de esa época, los movimientos son rápidos y espasmódicos, y uno recibe la sensación de que todos tienen prisa por enterrar al difunto (47).

La comitiva pasó ante varios miles de Kruppianer en posición de firmes, y después del servicio religioso en el cementerio de Kettwig, una vez efectuado el sepelio, el emperador, retorciéndose los enhiestos bigotes, declaró que deseaba dirigir la palabra a los hombres destacados de Essen en la estación del ferrocarril. Allí les dijo que había ido al Ruhr «para alzar el escudo de los emperadores germanos sobre la casa y la memoria de Krupp» *(unter dem Schild des deutschen Kaisers das Haus und das Andenken von Krupp zu erhalten)*. El partido socialdemócrata fue acusado de «crímenes intelectuales» *(intellektueller Mord)*, y como resultaba evidente para todo alemán leal, que habían asesinado a un intrépido dirigente del Reich: «Aquel que no rompa sus vínculos entre él y esos villanos, tiene parte de culpa moral del hecho» *(Wer nicht das Tischtuch zwischen sich und diesen bösen Leuten zerschneidet, legt moralisch gewissermassen die Mitschuld auf sein Haupt)*. Siguió diciendo que no podía comprender cómo eran capaces de seguir hablando en voz alta, cómo esos hombres podían ser tan viles. Pero quería que los fieles Kruppianer oyeran decir a su emperador que repudiaba «esos ataques contra él, un alemán entre los alemanes, cuyo honor se ha visto manchado. ¿Quién ha llevado a cabo este infame ataque contra nuestro amigo? Son hombres que hasta ahora fueron considerados como alemanes, pero que desde este momento no son dignos de tal nombre. ¡Y esos hombres proceden de las clases trabajadoras del Reich, que tienen una infinita deuda de gratitud con Krupp!» (48).

Al concluir su parlamento, el Más Alto se marchó pisando con furia. Entre los engalanados y ayudantes de campo que con sus relucientes botas siguieron a Guillermo, se hallaban al menos seis homosexuales incurables, algunos de los cuales debieron admirarse al ver que el fallecimiento de uno de los de su clase servía de ocasión para un duelo nacional. Por aquel entonces, Guillermo tuvo que haber sabido la verdad. El doctor Isenbiel, su fiscal público, era un hombre de excepcional capacidad, que en los años que siguieron se dedicó con celo notable a perseguir a los alemanes que violaban el artículo 175. Durante el entierro, el fiscal sin duda sabía ya que en Berlín y Roma había suficientes pruebas como para acusar a Fritz, y no al director de *Vorwärts*.

A pesar de todo, el kaiser se mantuvo firme en su postura. Los motivos que pudieron impulsarle a ellos debieron de ser muy variados: amistad hacia el hombre que yacía en Kettwig, animosidad contra el SPD, preocupación por la moral de los Kruppianer. Fuesen cual fueren sus convicciones, las sustentaba con vigor, y por orden suyo, todos los trabajadores de Krupp tuvieron que firmar una declaración agradeciendo a su emperador la campaña que había realizado contra aquel *intellektuellen Mord*. (Dos trabajadores veteranos del Grusonwerk, con treinta y ocho años de servicios entre ambos, se negaron a firmar y fueron despedidos.) El 5 de diciembre, Guillermo recibió una delegación de firmantes cuyo portavoz le habló de la «profunda y respetuosa» gratitud que sen-

tian hacia el patrono muerto. El kaiser les contestó asegurando que iba a seguir adelante la cruzada contra el SPD.

Así sucedió, pero no bajo la bandera del *Fall Krupp*, cuya causa estaba perdida. Martha demostró su cordura mental solicitando que se abandonaran los cargos contra el periódico *Vorwärts*. Diez días después de la audiencia de Guillermo a los respetuosos Kruppianer, el doctor Isenbiel anunció que la viuda tenía «grandes deseos de terminar con la propaganda que había rodeado al proceso legal relativo al fallecido», y que el demandante, por estar muerto, «no podía hacer una declaración jurada respecto al ataque de que había sido objeto». Por lo tanto, «no sería de interés público proseguir con la acusación de calumnia criminal, la que en consecuencia se retira». Los ejemplares confiscados del número 268 serían devueltos a sus propietarios. Pero cuando Georg von Vollmark, un disputado socialdemócrata, se puso en pie en el Reichstag el 20 de enero, para deplorar que se hubiera explotado el entierro de Krupp con fines políticos, ni siquiera le permitieron hablar. Aparte del Gobierno, el caso estaba tan muerto como el mismo Fritz. Hasta la Prensa conservadora dejó de lado el asunto; pero otros tenían como una obsesión maníaca concerniente a la figura de Friedrich Alfred Krupp. Alentados por el sellado ataúd, y por la ausencia de autopsia, difundieron el rumor de que Fritz no había muerto, sino que había desaparecido tranquilamente. Durante los cuatro años siguientes, los periódicos publicaron cada cierto tiempo unas entrevistas de viajeros que aseguraban haber visto al industrial en Estados Unidos, en Sudamérica y hasta en el Lejano Oriente y en Jerusalén (49).

El Más Alto bien hubiera deseado que eso fuera verdad. Las fábricas de Krupp, tan importantes para su férreo puño como cualquiera de las ramas de sus demás servicios armados, estaban ahora controladas por una mujer, que debido a una súplica de ayuda a él, había sido conducida a un manicomio. Esta, con toda franqueza, manifestaba a los visitantes la baja opinión que le merecían el «*Kaiser und seiner Art*», y los sufrimientos de aquel otoño de pesadilla la hicieron envejecer tanto, prematuramente, que su propia familia la llamaba la Abuelita *(das Mütterchen)*. Por otra parte, visto desde Berlín el futuro de Krupp no resultaba nada alentador. La firma no tenía un heredero, sino una heredera: una chiquilla de largas piernas llamada Bertha. *Was nun?* ¿Qué iba a pasar ahora? Según observó Guillermo con aspereza, las cosas no habían cambiado en la patria, y no podía esperarse que los altivos oficiales germanos prodigaran sus talonazos marciales ante una muchacha. Por fin, el kaiser decidió que sólo había una solución para el problema Krupp: tendría que buscar un semental para Bertha (50).

10

La Reina de los Cañones

Elegir el compañero adecuado llevaría tiempo, y por otra parte, la adolescente Bertha no estaba aún, realmente, en edad de tener descendencia, de modo que ella y su hermana fueron enviadas a una *Mädchenschule* de Baden-Baden. Los periódicos de la época describieron la institución como una «elegante escuela de terminación de estudios». La frase hace pensar en senderos umbríos, clases tranquilas y llenas de decoro, lecturas de clásicos, y ejercicios de reverencias en sociedad. Bárbara, sin embargo, no recuerda que el colegio tuviera nada de eso. Cierto es que de vez en cuando les daban algunas lecciones de música (ella rascaba el violín mientras Bertha aporreaba un decrépito y desafinado piano), pero el resto de las enseñanzas parecían las de una escuela para cocineras y criadas: «Había que cocinar, coser, lavar y planchar y era muy aburrido», decía Bárbara, haciendo gestos y moviendo la mano como si manejase la plancha. De entre lo poco que la futura Reina de los Cañones aprendió, y que podía serle de alguna utilidad cuando se convirtiera en dueña de Villa Hügel, figuraba el saber evitar que los sirvientes murmuraran durante las horas del día y que no tuviesen relaciones sexuales en su casa por la noche (1).

Aunque las dos hermanas no se supieran demasiado ricas en Baden-Baden, lo eran a pesar de todo, y un extenso grupo de abogados estaban luchando con las consecuencias de la repentina muerte de su padre. Bárbara estaba a cubierto, ya que su padre le había dejado una fortuna en bonos y acciones a ella, y otra suma no menos importante a la viuda. El caso de Bertha era mucho más difícil. Fiel como siempre a los deseos de Alfred, Fritz había estipulado que puesto que su mujer no tuvo hijo varón (en aquellas circunstancias no debió ponerse eso, pero aquí, el segundo Rey de los Cañones se limitaba a copiar de nuevo el lenguaje de su padre), la firma se convertiría en una sociedad anónima. En realidad, el paso habría sido necesario, de todos modos, aunque no hubiera figurado en el testamento, ya que de otro modo, Marga no habría servido como depositaria hasta que Bertha alcanzase la mayoría de edad. A pesar de todo, Fritz había recordado el odio que Alfred profesara a los accionistas no familiares. Por consiguiente, especificó que las acciones de Krupp no serían cotizadas jamás en la Bolsa.

El cumplimentar esta condición, mientras que se observaba el espíritu de la ley, constituía un dilema que en la mayor parte de los países no

hubiera tenido solución. Pero el problema se solucionó, y ello arroja una luz sobre las peculiares características de las sociedades anónimas alemanas, por un parte, y sobre la determinación de Berlín para mantener a la Armería del Imperio *(Waffenschmiede des Reichs)* como la empresa familiar que había sido hasta entonces, por la otra parte. El 1 de julio de 1903, la primitiva firma de Fried. Krupp fue transformada en la Fried. Krupp A. G. (S. A.), que seguía teniendo sus instalaciones en Essen, y en Kiel, Rheinhausen, Annen, Magdeburgo y otras partes. «Fräulein Bertha Krupp» fue designada «propietaria y dirigente de los negocios familiares». El título debía pasar al «heredero varón de más edad», en las generaciones sucesivas. Todas las formalidades de las sociedades anónimas fueron observadas, pero ninguna de ellas tuvo valor real. El Directorio fue rebautizado como *Vorstand,* término aplicado a la junta de directores en las industrias de propiedad pública. Esto sólo era un rito, ya que seguían siendo los mismos hombres de antes. La ley alemana preveía que una *Aktiengesellshaft* debía emitir acciones y tener al menos cinco accionistas. En consecuencia, Krupp A. G. mandó imprimir 160.000 acciones. De éstas, tres quedaron en poder de la junta, una acción pasó a pertenecer a Félix, el hermano de Marga, y las 159.996 acciones restantes fueron para la adolescente que tomaba lecciones de piano. Bertha era propietaria, por lo tanto, del 99,9975 por ciento de la empresa. (Cuarenta años más tarde, cuando pasó la sucesión al mayor de sus hijos, el Tercer Reich consideró aún más benévolamente el *Waffenschmiede* de Essen, y se permitió a Bertha aumentar su propiedad a un 99,999375 por ciento. Era ya propietaria de todas las acciones menos de una. El único y notable certificado comercial pertenecía a Bárbara, y estaba ridículamente evaluado en 500 reichsmarks, menos de cien dólares.) (2).

Todas las posesiones de Krupp caerían en el regazo de una muchacha cuando alcanzase la mayoría de edad, y el primer acto de Bertha al enterarse de esto, fue escribir al kaiser manifestando: «En mis pensamientos beso la mano de Vuestra Majestad muy humildemente».) *(In Gedanken küsse ich E. M. alleruntertänigst die Hand.)* Pero para su vigésimo primer aniversario aún faltaban cuatro años. Hasta entonces, declaraba Fritz en su testamento, todos los beneficios irían a parar a su viuda. Eso no le sentaba bien al kaiser, que nunca llegó a perdonar a Marga. De todos modos, era justo proporcionar a la regente un incentivo. La Casa de Krupp tenía una tremenda necesidad de otra viuda con parecida decisión a las de Katharina, en el siglo XVII; Helene Amalie en el XVIII, y Therese Wilhelmi en el XIX. Marga se mostró a la altura de las circunstancias. Como sus antecesoras, fue conocida en Essen como Witwe Krupp, y como ellas examinó los libros de contabilidad, cuyas cifras se hacían cada vez más impresionantes. En su primer año fiscal logró el equivalente en marcos de treinta millones de dólares, y en los tres años siguientes los beneficios sobre el capital que detentaba como administradora ascendieron del 6% al 7,5% (3)

Marga no era una maga. Según confesó a Haux, era «*eine Gans*» (una gansa) en materia de números. Lo cierto es que ella sabía que Haux nunca sería capaz de defraudarla. Había cometido ya un error al juzgar el carácter de un hombre, y no volvió a caer en otro. Tenía una singular perspicacia para apreciar la capacidad de los altos empleados, y además, comprendió que el destino de Fried. Krup, A. G., como lo fuera el de Fried. Krupp, estaba ligado al trono del país. Incluso llegó a guardarse su orgullo, e invitó a Guillermo a Hügel. («Semejante muestra de gracia nos proporcionaría a mí y a mis hijas la consoladora seguridad de que la benevolencia de Vuestra Majestad hacia la firma de Krupp, y el interés por ella, sigue sin sufrir ningún cambio.») Aunque el kaiser no quiso

otorgar tal muestra de gracia en esa época, Marga se dedicó tercamente a contratar, como sus consejeros, a aquellos hombres que estaban relacionados con Guillermo. El suicidio de Fritz había destrozado moralmente a Hans Jencke, el cual renunció a su puesto después del entierro. Para sustituirle como presidente de la junta, Marga eligió a Alfred Hugenberg, un alto funcionario del Tesoro, activo y con grandes bigotes de morsa, que iba a desempeñar un papel esencial en la política alemana durante los treinta años siguientes, que culminaron en la trascendental fecha de 1933. El resto del Vorstand estaba formado por un ministro retirado, un oficial de la marina también retirado, un banquero de la casa imperial, siete altos funcionarios de Berlín y nueve más entre ingenieros, administradores y abogados, todos ellos conocidos de *Seine Majestät* (4).

Marga dejó que éstos se preocuparan de los negocios, y ella se aplicó a restaurar la moral de la empresa, que había sufrido un rudo golpe con la catástrofe de 1902. Todas las mañanas se levantaba en la «casa pequeña» de Hügel (desde su regreso del manicomio nunca volvió a dormir en la mansión), y la llevaban en carruaje hasta el antiguo despacho de su marido. Las mañanas las dedicaba al Konzern, y las tardes a los Kruppianer. Convirtióse de esta manera en un modelo de *Schlotbaronin*. Las viudas de los obreros, así como los enfermos y las familias en mala situación, podían contar siempre con una visita de frau Krupp. Se sabía por los talleres que si algún trabajador quería ver a Marga, no tenía más que enviar una carta por correo *auf dem Hügel*, y ella nunca dejaba de contestar en persona a la petición. En su despacho de la Casa Pequeña se veían planos de los alojamientos para obreros: Alt-Westend, Neu-Westend, Nordhof, Baumhof, Schederhof, Cronenberg y Alfredshof y Friedrichshof, en recuerdo de los dos Krupp que habían llenado su vida de tragedia.

Toda su tarea aparece caracterizada por una extraordinaria escrupulosidad. Si en algunas ocasiones parecía una dama benévola, en otros momentos se la podía considerar como un sargento prusiano durante la instrucción. Las casitas para los Kruppianer retirados parecían cabañas dibujadas por Hans Christian Andersen, y a sus ocupantes se les vestía como a duendecillos seniles. Pero en los nuevos establecimientos fabriles, Marga calculó el número exacto de pasos que daba un obrero desde la puerta de su casa hasta el taller, lo cual hizo con el fin de incrementar la eficacia del trabajo. Una de sus instituciones benéficas fuera del Ruhr era un hogar en Baden-Lichtenthal para «damas de la clase culta que se hallan sin recursos». Era una institución gratuita, pero había ocasiones en que las ocupantes debían preguntarse si no les solucionaría mejor sus problemas el dedicarse a callejear. Todo estaba allí racionado, incluso el agua. En las habitaciones aparecían unos reglamentos donde se exigía «limpieza, puntualidad, economía, deseos de adaptarse a los demás, y disciplina». Las luces debían «apagarse a las 10,15 de la noche y no encenderse hasta las 7,30 de la mañana». Karl Dohrman, un criado cuyo empleo en Villa Hügel data de la época de regencia de Marga, recuerda que ésta era «muy enérgica, muy minuciosa». El tributo de Bertha durante los años finales de su madre sugiere dominación: «Nuestra madre nos parecía infalible en todos los aspectos, y nos aferrábamos a ella con la mayor devoción, y no sin cierto sentimiento de inferioridad, ya que nosotras, las niñas..., siempre temíamos no poder satisfacer por completo sus exigencias.» (5).

Las pequeñas sólo pudieron resistir un semestre en la escuela de Baden-Baden. Preferían Hügel, indudablemente, y si bien es cierto que el

receptor del castillo era exigente, también era mucho más simpático. De vuelta a la mansión, las pequeñas iban en pos de su madre en sus visitas a los Kruppianer. La eficacia de Marga para solucionar los problemas era notable, y Bertha adoptó las mismas costumbres hasta el momento de su muerte, al tiempo que Bárbara se convertía en una asistente social, asimismo durante el resto de su vida. Las tentativas de Marga para instruir a las dos hermanas en los misterios de la fabricación del acero, tuvieron bastante menos éxito. En horas determinadas de la semana, unos técnicos seleccionados guiaban a las muchachas por las forjas y fundiciones. Las hermanas escuchaban con la debida atención y luego se mostraban ambas de acuerdo en que no tenían la menor idea de lo que les habían explicado. Cada cierto tiempo, asimismo, hacían algunas apariciones en la capital. También en esto se obtenían escasos resultados, si bien no se podía culpar a las jóvenes. Ignorando el motivo de la muerte de su padre, no mostraban la menor preocupación acerca del asunto. No obstante, en Berlín aún se murmuraba intensamente, y los adultos sentían ciertos reparos delante de las chicas. Así, Therese Brockdorff, proveedora de vestidos de la kaiserin Augusta Victoria, escribió en su diario: «Resultaba conmovedor ver hasta qué punto frau Krupp llegaba a vestir y educar a las dos hermanas, unas encantadoras muchachas, del modo más sencillo y modesto que podía. La tarea, desde luego, no era fácil, debido al ambiente.» (*Gewiss keine kleine Aufgabe in dieser Umgebung.)* (6).

En la historia de la dinastía de Krupp, los años entre noviembre de 1902 y agosto de 1906 son una época aparte. El dilatado imperio industrial de la firma nunca había estado más activo, mientras que la vida social en la colina jamás resultó menos intensa. Fueron los años en que el kaiser estuvo más alejado de Essen. Y como Su Majestad no se presentaba, Marga decidió no recibir a ningún invitado real. Todas las banderas extranjeras fueron guardadas, debido a que la viuda de Krupp temía ofender a Guillermo. El Vorstand fue el encargado de tratar con los monarcas europeos. Sin embargo, los ministros de los países extranjeros seguían preocupándose de la familia, y lo mismo sucedía con los críticos, según demostró Bernard Shaw brillantemente en 1905, cuando estrenó en Londres su *Major Barbara,* una sátira finamente velada que basó en los Krupp. En la pieza teatral, Bárbara sustituye a Bertha; el jefe de la familia de armeros se llama sir Andrew Undershaft, y Bertha-Bárbara tiene un hermano pacifista, nombrado Stephen. Este dice: «Rara vez he abierto un periódico en mi vida sin haber leído en él nuestro nombre: ¡El torpedo Undershaft! ¡Las ametralladoras Undershaft! ¡El cañón Undershaft de diez pulgadas! ¡El cañón Undershaft que desaparece en una rampa! ¡El submarino Undershaft! ¡Y ahora el acorazado aéreo Undershaft!» (7).

Shaw es casi un vidente. Aunque no ha tenido acceso a la correspondencia de Alfred, «el cañón que desaparece en una rampa» es uno de los últimos alocados diseños de Alfred relativos al *Panzerkanone,* y aunque tampoco pudo penetrar en los secretos de Kiel, su alusión al submarino se produce un año antes de la botadura del *U-1* en aquella base germana. Además, la discusión del acto tercero acerca de la guardería, las bibliotecas, las escuelas, los fondos de seguro y de jubilación, y el edificio de la sociedad, guarda notable similitud, en la pieza teatral, con lo descrito por Marga en un memorándum al Vorstand, documento que actualmente se conserva en los archivos de Krupp.

El telón cayó después de la primera representación de la obra de Shaw, exactamente cinco meses antes de que se anunciase el compromiso matrimonial de Bertha, y los encargados de la propaganda del Kon-

zern se dispusieron a luchar. Uno llega a sentir cierta compasión por ellos. No tenían ninguna probabilidad (*). Carentes de arrojo, capacidad, sensibilidad, e incluso de una firme base para establecer sus razones —repetidos artículos inspirados en Essen identificaban a los Krupp con miembros de la nobleza de Prusia—, los periodistas publicaban escritos tan poco sutiles, tan transparentes en su falsedad que a la única persona a quien perjudicaron fue a su joven patrona. Un artículo característico, aparecido en el *Review of Reviews*, de Estados Unidos, se titulaba «La dirigente de la Casa de Krupp, abogado de la paz». El anónimo autor describe con vehemencia su encuentro con un delegado en la Conferencia Internacional de la Paz de 1907, quien dijo haber hablado con Bertha Krupp y manifestó que la baronesa se había mostrado opuesta a la fabricación de un cañón determinado, conocido como «cañón bomba». Las posibilidades de esta arma eran tan considerables, que la mujer que es virtual propietaria de la empresa se sintió alarmada y admitió con franqueza que abogaba por la paz. Es interesante destacar el hecho de que cuando, al comentar el informe, la baronesa (Bertha) manifestó que se oponía a la fabricación de esta arma en Essen, uno de los diarios alemanes observó en su artículo de fondo, con graciosa ingenuidad: «Los peritos explicaron a Su Gracia que el cañón era tan peligroso que pocos se interpondrían en su camino, lo que redundaría en favor de la paz.» (8).

Se aprecia mucho de la mentalidad de la época en este relato. Los talleres de Krupp nunca produjeron un «cañón bomba». El mismo vocablo es como la jocosa inspiración de algún lego en la materia de la época, cuando las nuevas armas resultaban interesantes, aunque se sabía muy poco de ellas. De haber creado los talleres de Essen alguna de esas piezas, Bertha no hubiera soñado con oponerse a su difusión. Según afirmaba su cuñado, cuando el cañón *Gran Bertha* fue así llamado en su honor, «ella se lo tomó con resignación» *(Sie nahm es resigniert hin)*, debido a que era «algo que hacía la firma» *(eine Anordnung der Firma)*. Las respetuosas alusiones a «la baronesa» y a «Su Gracia», son magníficos ejemplos del servilismo eduardiano que se tenía con los opulentos. Y en cuanto a la «graciosa ingenuidad», habla muy significativamente de una época en que los ignorantes estaban jugando alegremente con el fuego que iba a devorarlos a ellos mismos. También la presunción de que la muchacha era una nulidad intelectual, en un mundo dominado por la sabiduría masculina, caracterizaba a aquel decenio, al imperio alemán y a la situación de la heredera más adinerada de la nación germana. Jamás se consideró la posibilidad de que Bertha llegase a manejar sus propios negocios, debido a que todo el mundo sabía, en Fried. Krupp A. G., que el kaiser no iba a consentirlo. Sencillamente, había que casar a Bertha. En Francia, la *femme* era apreciada por lo que era, una mujer; pero en Alemania sólo adquiría una posición cuando se convertía en *die Frau*, en la mantenedora de las cuatro K familiares y del hogar de la familia (9).

Uno se siente tentado de especular sobre la clase de matrimonio que hubiera contraído la hija mayor de Fritz Krupp, de no haber poseído un céntimo, y, sin embargo, la cuestión resulta evidentemente ociosa. Su fortuna había hecho de ella lo que era. Cuando yacía en su cuna, su decrépito abuelo, mirándola fieramente, predijo que antes de que cumpliese los veinte años se vería rodeada por «docenas de pretendientes». Alfred sólo se equivocó debido a que el kaiser se ocupaba personalmente de

(*) En cambio, no carecían de aliados. «Cuando se estrenó **Major Barbara** —escribió sarcásticamente Shaw un cuarto de siglo más tarde—, fue criticada por un periódico de Londres, que la consideró como una blasfemia de escaso gusto». (**Collected Works**, de George Bernard Shaw [Nueva York, 1930], XI, 221).

estudiar a los posibles maridos de Bertha. Poco antes de cumplir los veinte años, ésta era una de las doncellas más codiciadas del mundo, y si su atractivo físico se hubiese equiparado a su fortuna, ninguna mujer se le habría comparado en belleza. No es que fuese fea, sino que, sencillamente, era una muchacha corriente. Se parecía, sobre todo, a su abuelo. Los genes de Alfred parecían haber pasado por alto una generación. Fritz en nada se pareció a su padre, pero Bertha, alta, con firme mandíbula, altas cejas y ojos penetrantes, bien pudo ser la hija de su abuelo (10).

Cuando nacieron cada una de sus dos hijas, Marga les compró a ambas unos libros en blanco, elegantemente encuadernados en cuero azul, y escribió en ellos los primeros acontecimientos, hasta que las niñas tuvieron edad suficiente para proseguir con sus diarios. El de Bertha desapareció durante los disturbios producidos en Essen en 1923, cuando un general francés sirvió brevemente como jefe del personal de Villa Hügel. El de Bárbara, en cambio, se ha conservado. Al hojearlo, el lector advierte la gran diferencia que había entre las dos hermanas. Bárbara era refinada, llena de delicadeza; Bertha era majestuosa, llana y sincera. La hermana mayor gustaba de la notoriedad, y solía montar a caballo frecuentemente. Cuando entró en posesión de su legado, ordenó construir un yate, el *Germania*, que se convirtió en el rival principal del *Hohenzollern*, en las regatas de Kiel. A diferencia de su hermana, Bertha se reía de las modas de París. Durante la mayor parte de su vida usó vestidos baratos y poco elegantes. En su juventud —hasta la gran desilusión de 1918—, la política de Bertha se resumió en una sola palabra, entonces famosa en todo el Reich: *Majestätsgläubigkeit* (fe en Su Majestad). Heinrich Class, fundador del *Alldeutsche Verband* y amigo íntimo de Hugenberg, fue invitado a cenar al castillo en una ocasión. Después de pasar la velada exponiendo sus ideas imperialistas y antisemitas, se marchó con la convicción de que Bertha era «*ein leidenschaftlich deutsche Frau*» (una mujer apasionadamente alemana) (11).

Y sin embargo, la lealtad de Bertha se dirigía realmente hacia el imperio de los Krupp, y no al de los Hohenzollern. Parece haberse considerado a sí misma como una figura semioficial, una soberana que debía considerar siempre, y en primer lugar, las necesidades de su reino. El hecho de que fuera mujer complicó las cosas infinitamente. No podía gobernar por derecho propio, sino que debía delegar su autoridad. De todos modos, jamás olvidó sus obligaciones hacia los sesenta y tres mil Kruppianer que le fueron legados con su herencia, lo cual constituye una de las razones de que su memoria sea tan querida en el Ruhr, actualmente. Todos los años recibía en Hügel a los veteranos obreros que cumplían veinticinco y cincuenta años al servicio de la empresa, y les prendía en la solapa la insignia de oro que reproducía los anillos de la marca de Krupp. El rito anual daba lugar a una serie de curiosas anécdotas. Un viejo obrero llegó en una de esas ocasiones al castillo repartiendo cigarros, los que llevaba en el bolsillo superior de su chaqueta. Al hacer la reverencia a la anfitriona, los cigarros se desparramaron por el suelo. Bertha sonrió y dijo, como reprochándole: «¡Vamos, herr Schmidt, no es necesario que se traiga sus cigarros cuando viene a vernos como invitado!» (12).

Los deberes de Bertha en la colina, sus viajes regulares por las fábricas y las responsabilidades matriarcales que se atribuía como reina sin corona del Ruhr, le dejaban poco tiempo para ella misma, e incluso para sus familiares más allegados. Pero *Pflitch* (el deber) era *Pflitch*. La hija de una casa imperial no podía elegir. Mucho más tarde, pudo en una ocasión sentarse ante un escultor. Mientras se daba forma a una escultura de arcilla, comentó lo duro que sería para la reina de Inglaterra el tener

tan pocos momentos de vida privada con sus hijos. Bertha contestó: «Bueno (la reina) suele pasarse a veces tres semanas seguidas con ellos en el campo, y eso ya es bastante para gentes como nosotros.» (13).

A comienzos de la primavera de 1906, cuando fräulein Bertha tenía veinte años, el kaiser decidió que ya era hora de que la joven sacrificara su virginidad al Reich. En esa época, las dos hermanas pensaron ir a visitar a los amigos naturalistas que su padre había tenido en Nápoles para preguntarles por las actividades que Fritz había desarrollado en el Mediterráneo. No es muy probable que los científicos sintieran una gran alegría ante la llegada de las jóvenes, pero no tenían por qué preocuparse, ya que éstas nunca se entrevistaron con ellos. En Roma se les siguió la pista cuidadosamente, y allí conoció Bertha a su futuro marido, justamente en la real Embajada prusiana ante la Santa Sede. El era un diplomático agregado de finos labios y figura rígidamente encorsetada, que llevaba a Bertha dieciséis años, si bien ella le aventajaba en una cabeza, en cuanto a estatura. El nombre del pretendiente era Gustav von Bohlen und Halbach.

No se sabe con certeza la forma en que se convirtió en *Blitzfreund* de Bertha; Bárbara es el único testigo que sobrevive, y sólo mostró asombro ante el cariz que iban tomando los acontecimientos. También ella se acababa de comprometer, y lo hizo con el heredero de una aristocrática familia prusiana. Se trataba del *Freiherr* (barón) Tilo von Wilmowsky, nieto del último consejero civil de Guillermo I, hijo de uno de los ministros de Guillermo II, e invitado en Villa Hügel unos años antes. En la vida de Bertha no hubo asomos de romance hasta ese viaje al Sur, y ahora la joven aceptaba la proposición de un pequeño petimetre, envarado y poco distinguido. Puesto que ni Bertha ni Gustav eran el tipo de persona que se enamora a primera vista, y como él nunca había desperdiciado cinco minutos en nada que no significase un adelanto firme en su carrera, no cabe la menor duda de que la alianza había sido planeada y llevada a cabo por el imperial Cupido que residía en Berlín (14).

Los más escépticos cambiaron de interés ante la reacción de Su Majestad en tal oportunidad. Marga anunció el compromiso en mayo. En agosto, el kaiser apareció en Villa Hügel reclamando jovialmente su apartamento y repartiendo medallas a diestro y siniestro. Dos miembros del consejo de administración de Krupp fueron condecorados con la Orden del Aguila Roja, y la misma Marga se colocó en posición de firmes mientras el emperador prendía en su vestido la Orden de Guillermo. Luego, el kaiser preguntó en qué fecha se celebraría la boda. El acontecimiento se había fijado para el 15 de octubre, y Guillermo prometió asistir junto con Tirpitz, el Estado Mayor General y el canciller alemán. Y cuando decía una cosa, la cumplía. A decir verdad, nunca hubo una ceremonia civil como aquélla. El emperador, su hermano —el príncipe Enrique—, el Gobierno en pleno y numerosos representantes del ejército y la marina, formaron la escolta de la novia. Durante el banquete, el novio fue olímpicamente ignorado. Guillermo se levantó para hablar a la recién casada. «Mi querida Bertha» *(meine liebe Bertha)*, comenzó diciendo, y después de recordar que el padre de ella había sido un «valioso y querido amigo» *(teurer und geliebter Freund)*, expresó su esperanza «que cuando atravieses la fábrica, los trabajadores se quiten las gorras ante ti, con agradecido afecto». *(Wenn Sie durch die Fabrikräume schreieten, möge der Arbeiter in dankbarer Liebe die Mütze vor Ihnen lüften)*. Luego, Guillermo fue derecho al grano. Aquel no era un casamiento corriente, dijo a la novia. Se esperaba más de él que de un enlace vulgar. Había que pensar

en las generaciones futuras, ya que el Reich siempre iba a necesitar el yunque de los Krupp. Por ahora, la salvaguardia del futuro inmediato era esencial. En consecuencia, propuso un brindis: «¡Que tengas pleno éxito, mi querida hija, para mantener las fábricas en el más alto nivel de eficacia alcanzado, y que continúes suministrando a la patria alemana las armas ofensivas y defensivas cuya calidad y rendimiento no han sido igualados por las de ninguna otra nación!» *(Welche in Fabrikation sowohl wie auch in Leistungen nach wie vor von keiner Nation erreicht werden!)* (15).

Habiéndose solucionado el asunto, Su Majestad decidió distraerse un poco. La comitiva se trasladó a la sala de baile del primer piso, y allí Guillermo localizó a una dama a la que había conocido en su alegre juventud. Mientras el monarca y su antigua *Liebling* permanecían charlando en el centro del salón, el resto de los invitados se colocaron cerca de la pared, susurrándose unos a otros palabras en voz baja. No podían sentarse hasta que no lo hiciera el kaiser. Bien fuera a propósito o impensadamente —el irritado Haux, que sufría de varices, tuvo la seguridad de que la escena había sido planeada—, el caso es que el emperador tuvo a los presentes dos horas a pie firme. Durante ese tiempo, manifestó ásperamente el *Finanzrat,* todos se vieron obligados a escuchar «la risa forzada y nasal» del Más Alto, que repercutía por la estancia (16).

Antes de marcharse, Guillermo dio la gran sorpresa a los nuevos esposos. Sonoramente explicó que después de las bodas, la mujer tomaba el nombre de su marido. Pero en esta ocasión, «para asegurar al menos una apariencia de continuidad de la dinastía de Essen» *(damit wenigstens eine äusserliche Fortführung der Essener Dynastie ermöglicht ist),* iba a ocurrir lo contrario. Desde ese momento, el apellido de Gustav sería Krupp von Bohlen und Halbach. Además, el emperador concedía a la pareja el privilegio de transmitir el Krupp y la fortuna unida a él, al primogénito varón. Todo quedó registrado en un escrito de gruesas letras góticas, con mayúsculas muy adornadas y llenas de colorido, en lo que sería uno de los documentos más largos que se conocían. Aún se conserva actualmente en Hügel. Sólo el sello imperial mide diecisiete centímetros de circunferencia, y el cordón de plata que cuelga del lacre, posee el grosor —y con el paso del tiempo, también la coloración— del intestino de un hombre adulto. Al pie del pergamino se halla la imperial firma, enorme y angulosa, y la de Theobald von Bethmann-Hollweg, ministro del Interior y futuro canciller del Reich. El escrito reafirmaba «la especial posición de la Casa de Krupp» *(die besondere Stellung des Hauses Krupp)* y, como hizo notar el sonriente kaiser, ahora correspondía al novio demostrar que era «un verdadero Krupp» *(ein wahrer Krupp)* (17).

Esto de los apellidos compuestos no era nada nuevo para Gustav. Descendía de dos orgullosas familias germanoamericanas, una de las cuales, los Halbach, se habían establecido en Remscheid, hacia el sur del Ruhr, tres siglos antes, y ya en 1660 produjeron balas de cañón empleando las materias primas de una mina cercana. Luego, durante el segundo decenio del siglo XIX, emigraron a Pensilvania y adquirieron una abundante participación en las minas de carbón de Scranton. Después de la Guerra de Secesión, cierto Gustav Halbach contrajo enlace con la hija del coronel Henry Bohlen, el cual mandó un regimiento germano-americano —el 75.° de Voluntarios de Pensilvania—, contra los sudistas. Como el militar murió heroicamente durante la segunda batalla de Manassas, el yerno honró su memoria agregando el apellido del difunto al suyo propio, que quedó convertido en Bohlen-Halbach. Entonces se produjo el glorioso despertar del Nuevo Reich, cuya llamada resultó irresistible para Bohlen-Halbach. En consecuencia, abandonó Estados Unidos para regresar

a la patria de sus antepasados, llevándose consigo su parte en los beneficios de la familia, obtenidos con el carbón de Scranton. El gran duque de Baden dio ansioso la bienvenida, tanto al hijo pródigo como a su abultada fortuna. Le concedió un título, y su apellido volvió a alterarse, convirtiéndose en Von Bohlen und Halbach, el cual pasó al actual Gustav, el maduro hombrecillo al que su monarca acababa de ordenar que fuera «un verdadero Krupp» (18).

Sin duda, Guillermo conocía los antecedentes de Gustav, antes de elegirle, y es posible que el emperador se sintiera atraído por algunos de los peregrinos brotes que dio el árbol genealógico del príncipe consorte de Bertha. El coronel Bohlen, por ejemplo, había sido un guerrero como los que ablandaban el alma de Guillermo. Antes de luchar contra Robert E. Lee, intervino valientemente en la Guerra de Méjico, y como soldado de fortuna tomó parte en la de Crimea, al servicio de los franceses. Las líneas finales del himno que escribió para el 75.° regimiento de Pensilvania, bien pudieron haber sido compuestas por uno de los comandantes de Moltke: «*Und opferst du dich auch, wohlan/Vergebens stirbt kein Ehrenmann.*» («Y si debes caer en la batalla/enorgullécete de responder a la llamada del deber.») Cuando cayó el mismo Bohlen, Filadelfia decretó un mes completo de luto oficial, lo cual probaba que el semental que había elegido el Más Alto descendía de una rama heroica.

No podía decirse que linaje tan arrojado se dejara ver debajo de la pálida piel del nuevo Krupp von Bohlen und Halbach (o, como todos iban a conocerle pronto, sencillamente, Krupp). Gustav Krupp era uno de los hombres menos llamativos que podían actuar en la vida pública. Jamás perdió su compostura, aunque mejor cabe decir que raramente mostró emoción de alguna clase. Con su combada frente, su nariz espartana, boca apretada y gestos mecánicos y rápidos, era el prototipo del diplomático prusiano cuya formación había calificado Bismarck desdenosamente de «*Ochsentour*», escuela de necios. No había una sola anotación acerca de Gustav en los ficheros de la policía de Berlín. Este no se dedicó a agasajar jovencitos en una gruta italiana, y ni siquiera, pongamos por caso, dijo una sola palabra amable a los que estaban por debajo de él. Hasta 1906 sólo fue conocido como *der Legationsrat*, el consejero de Legación, y eso es todo. Era un hombre que nunca hacía algo mal hecho, que jamás faltaba a una cita, que no podía permitirse la menor muestra de imaginación. En realidad, es dudoso que en toda su vida tuviera un solo pensamiento original.

Pero sabía salir adelante. A los dieciocho años ingresó como voluntario en el 2.° regimiento de Dragones de Baden, y sirvió un año en Bruchsal como *Oberleutnant*. Luego colgó con todo cuidado su uniforme y se aplicó a estudiar Derecho en las universidades apropiadas: Lausana, Estrasburgo y Heidelberg. Por fin obtuvo su título y pasó al servicio civil del Estado. Antes de ser nombrado para el Vaticano, fue destinado a las Embajadas alemanas en Washington y Pekín. Su diario demuestra que no llegó a aprender nada acerca de los norteamericanos, italianos o chinos, y su descripción de la crisis de los boxers tiene el sabor y el encanto de un informe sanitario. Uno recibe la impresión de que hubiera considerado cualquier tendencia a ampliar sus horizontes, como algo desleal, como un síntoma de independencia espiritual que había que destruir. Al servir como testigo en Nuremberg, cuarenta años más tarde, el barón Von Wilmowsky manifestó al tribunal que juzgaba los crímenes de guerra que su cuñado «tenía una manera muy definida de subordinarse a la autoridad del Estado». Agregó que esta «característica principal» resultaba exagerada, y que recordaba «en distintas conversaciones que él me

había acusado de subversión, cuando me atrevía a criticar las medidas tomadas por el Gobierno» (19).

Gustav era, en resumen, el precursor de lo que medio siglo más tarde se conocería en Alemania Occidental como *der Organisationsmann.* Con su fanático amor por el orden, no tenía ninguna simpatía al Reichstag, «*die verwüstete Arena der parlamentarischen Kämpfe*» la sórdida zona de conflictos parlamentarios, como desdeñosamente lo llamaba. Esa era la clase de pensamientos que gustaban al Más Alto. «*Regis voluntas suprema lex,* había escrito Guillermo. Hay cierto número de palabras y frases que describen esta actitud, y la mayor parte de ellas, significativamente, son germanas. *Befehlsnotstand* (una orden debe ser obedecida), es un concepto que se consideraba como atenuante en los tribunales de la patria, en esa época. Otros lo conocen como *Rechtpositivismus,* la creencia teutónica de que cualquier ley, por ultrajante que sea, debe ser obedecida —por emplear una de las palabras favoritas de Adolf Eichmann— con *Kadavergehorsam,* con obediencia de cadáveres. Gustav habría comprendido a Eichmann perfectamente. Cuando el coronel de las SS citó el lema de Heinrich Himmler, «Mi honor es mi lealtad», los jueces israelitas dijeron que era «charla vacía». Eichmann replicó que se trataba de «palabras aladas» *(geflügelte Worte),* a lo que Krupp von Bohlen habría exclamado: «*Jawohl!*» (20).

«*Jawohl,* Bertha!», exclamaba él, cuando lejos de oídos extraños, excepto los de los criados, ella le recordaba quién era el verdadero dueño del Konzern. Del mismo modo, si otros debatían la moralidad de la guerra submarina, Gustav sostenía lo que uno de sus admiradores llamó su *strenge Reserve,* otro par de esas aladas palabras que significan, literalmente, «impasibilidad inflexible». El marido de Bertha idolatraba los medios e ignoraba los fines. A cualquiera que le sacara a colación las consecuencias humanas de la política *kruppsche,* le aullaba: «¡La política está prohibida aquí!» *(Hier wird nicht politisiert).* Para los extraños, esto resultaba sin sentido. Pero debe recordarse que el nuevo Krupp era un hombre pequeño, cuyos fines tampoco eran elevados. Había bregado durante dieciocho años, a cambio de lo cual recibió condecoraciones de segundo rango de Inglaterra, Japón, China y Austria. Otro hombre las habría considerado como baratijas carentes de valor; pero para Gustav, en cambio, eran una muestra de respetabilidad, y eso, realmente, era todo lo que pretendía. Ahora se veía colocado en una situación inmensamente responsable. Ya tenía demasiada edad para inclinarse ante nuevos ídolos. Sólo podía seguir las sendas que le habían llevado hasta allí: eficacia, autodisciplina, concentración absoluta en la tarea que desempeñaba y, por encima de todo, puntualidad (21).

Aun en una nación que se preciaba de su minuciosidad, las costumbres de Gustav se convirtieron en una especie de leyenda. Los invitados que pasaban la noche en el castillo eran informados de que el desayuno se servía a las 7,15. Si llegaban abajo a las 7,16, encontraban cerradas las puertas del comedor. Gustav desayunaba exactamente en quince minutos, y luego salía de la casa, donde el coche de caballos —y desde 1908, el automóvil— se ponía en marcha en el preciso momento en que sus pies dejaban de tocar el suelo. En un bolsillo llevaba una libreta con el programa del día claramente reseñado: tantos minutos para esto, tantos minutos para lo otro. Incluso había un período dedicado a preparar el programa del día siguiente, mientras que al dorso de la libreta constaba un programa para programar. Alfred Krupp habría sentido un deleite indescriptible. Las grandes épocas del papeleo habían vuelto a Essen, y el nuevo programa de Krupp era tan inflexible como el Plan Schlieffen, o el *Generalregulativ* de 1872, al que se abrazó como un niño perdido.

Justamente cincuenta minutos se dedicaban a la cena, a menos que hubiera visitantes, en cuyo caso el ágape duraba hasta las 9,45. Debía terminar entonces, ya que a las 10,15, Gustav y Bertha se metían en el lecho. Después de todo, la cama era una de las obligaciones de Krupp hacia el Más Alto y hacia la dinastía. Alfred había sido, al respecto, tan claro como el kaiser. En esto, la hoja de servicios de Gustav resultó soberbia. Nueve meses y veintiocho días después de la boda, Bertha dio a luz un hijo. Informado en la biblioteca del castillo, donde había estado paseando sin cesar, como un centinela en su puesto, el nuevo padre dictó inmediatamente una nota para los funcionarios principales de la firma:

«Hügel, 13 de agosto de 1907, 14,15 horas.
A los directores de Fried. Krupp, Essen:
Me siento obligado a informar personalmente al consejo, en nombre de mi esposa y en este momento, el más temprano posible, del nacimiento de un saludable hijo. Tenemos intención de llamarle Alfried, en memoria de sus grandes antepasados. Esperamos que crezca en los establecimientos Krupp y que se prepare mediante la práctica para asumir esos solemnes deberes, cuyo gran significado comprendo cada vez más.» *(Möge er in den Krupp'schen Werken aufwachsen, in praktischer Arbeit sich die Grundlagen schaffen zu der wichtigen Übernahme der verantwortungsvollen Pflicht, deren Grösse ich mit jedem Tag mehr erkenne.)* (22).

Esto parece algo así como la formalización de un provechoso negocio, y en cierto modo lo era; un heredero varón acababa de sumarse al inventario de la empresa. Inspirado, Gustav siguió insistiendo en el rito de las 10,15, y el eficaz cumplimiento de sus solemnes deberes siguió rindiendo fruto. Todo figura en sus archivos. Segundo hijo: 1908. Tercer hijo: 1910. Primera hija: 1912. Cuarto hijo: 1913. Quinto hijo: 1916. Segunda hija: 1920. Sexto hijo: 1922. El Plan Schlieffen fracasó, el Reich se vino abajo, pero los progresos conyugales de Krupp siguieron mostrándose activos en todos los frentes (23).

Los funcionarios del *Eisenbahn* sabían que leer sus horarios era uno de los pasatiempos de Gustav, y se mostraban divertidos por ello. Lo que no sabían es que el tren de minatura que se hallaba en el salón de los retratos del tercer piso de Villa Hügel les hubiera puesto en ridículo. Teóricamente pertenecía a los hijos de Krupp. El horario de Gustav le permitía estar sesenta minutos semanales con los pequeños, y él los empleaba dejando que éstos contemplasen cómo manejaba el transformador. El juguete era muy complicado; tenía cruces a distinto nivel, agujas triples, salas de máquinas y diminutos talleres de reparaciones. También estaba provisto de horarios. El preparar estos horarios era tarea de la joven generación, mientras que Gustav se aplicaba a controlarlos. Con su cronómetro en la mano, observaba la marcha de las locomotoras, las operaciones de carboneo, la entrada y salida de viajeros, la carga y descarga de los trenes de mercancías. A sus hijos e hijas les dijo que eso era buena cosa para su entrenamiento. Como contaban con la aprobación paterna, y como nadie podía ser más glacial que Gustav cuando se las negaba, los pequeños se dedicaron a jugar con el ferrocarril hasta que alcanzaron la perfección. Los trenes de Villa Hügel siempre marchaban a su hora.

Y lo mismo ocurría con todo lo demás. Las comidas del castillo eran invariablemente agasajos de negocios. Bertha se ocupaba de ordenar los manjares, Gustav situaba a los invitados de acuerdo con el protocolo, y la servidumbre echaba una ojeada al reloj. A los visitantes no se les

permitía llegar en su propio coche. Bajo el reglamento general, los chóferes de Krupp los dejaban ante la entrada principal de la mansión a las 13,29, y a las 13,30 entraban en la sala de recepciones, donde charlaban con Gustav y Bertha hasta las 13,40, en que todos pasaban al comedor. En el momento en que Krupp terminaba un plato, los criados quitaban todos los que había en la mesa, con lo que los comensales calmosos, o algo charlatanes, se quedaban con hambre. La comida terminaba a las 14,15, y concluían de tomar el café a las 14,29. A las 14,30, en punto, los invitados entraban en los automóviles y salían de Villa Hügel. Nada se dejaba al azar, ni siquiera la temperatura del café, que no debía estar muy caliente.

Ese era el resumen de la vida de Gustav: cualquier concesión a la naturalidad, constituía en su opinión un signo de debilidad. Además, creía que ceder a una tentación conducía inexorablemente a ser víctima de otros impulsos. Mantenía su despacho a baja temperatura sólo porque le complacía la incomodidad. El frío también impulsaba a los visitantes a tratar los asuntos en el menor tiempo posible. Por la noche, las ventanas de Hügel se abrían de par en par (en esto disentía con Alfred, su ídolo en tantos otros aspectos), de modo que cada uno estuviera donde le correspondía, debajo de sus propias mantas. La única persona que podía vagar por los pasillos era Bertha, que deseaba asegurarse de que sólo había un cuerpo en cada cama. Según manifiesta un testigo presencial, «una de las tareas preferidas (de Bertha) era esconderse de noche cerca de los dormitorios de la servidumbre. Había dos alas con numerosos cuartos, un ala para varones, y otra para mujeres, que se comunicaban por un puentecillo de hierro. Si Bertha veía a un lacayo o una criada en el corredor que unía un ala con la otra, los despedía inmediatamente en el mismo lugar.» *(Sah sie einen Diener in dem Korridor, der von dem einen zum andern Flügel führte, entliess sie ihn auf der Stelle)* (24).

En invierno dicha tarea era dura por demás. Como su marido era un maniático del aire puro, Bertha tenía que envolverse en pieles como un centinela del frente ruso en 1944. Y sin embargo, no puede decirse que a Gustav le preocupase el gasto de carbón. Su carrera diplomática le había enseñado que nada impresiona más a la gente que la prodigalidad, por lo que hizo de Villa Hügel la mansión privada más impresionante del mundo. Mandó erigir contrafuertes, fosos y torrecillas, hasta que el castillo pareció el de una película de Walt Disney sobre la Edad Media. En la cocina del sótano, dos cocineros jefes reinaban sobre veinte subordinados. Hügel tenía su propia granja avícola, sus huertos, taller mecánico y de pinturas, y un personal de 120 criados, sin contar los jardineros y los caballerizos, que cuidaban de los ocho caballos de silla de Krupp, y de los cuatro pares de caballos de tiro, para los carruajes. El montar a caballo era una de las pasiones de Gustav. Este no fumaba, no bebía, no charlaba y no quería confraternizar demasiado con los ocupantes de la mansión, a cuyo fin había hecho colocar su escritorio de espaldas a la puerta. Pero aun cuando las caballerizas fueron ampliadas para dar cabida a cuatro coches de lujo, Gustav siguió con su cabalgata diaria. Y sus hijos tenían que acompañarle, cuando lo hacía. Los domingos por la mañana, las niñas podían dormir, pero los muchachos se veían obligados a subirse a las sillas de montar después del desayuno. Cuando sus hijos crecieron lo suficiente como para posar ante un artista, Gustav eligió al mejor pintor... de caballos de Alemania. «Y eso fue lo que consiguió —me dijo una vez hoscamente uno de sus hijos—: carne de caballo.» (25).

Gustav fue un novio poco corriente, pero con el paso del tiempo se convirtió en un marido increíble. Alfred fue neurótico, pero comprensible; Fritz fue perverso, pero patético. El príncipe consorte de Bertha, en cambio, era una máquina. Uno rebusca ansiosamente entre sus papeles, procurando hallar un vestigio de humanidad, y al fin tenía que declararse derrotado. Hasta su humana afición por los caballos resulta sospechosa. En realidad, ese era el mayor pasatiempo de Alfred, y quizá fue adoptado por Gustav debido a esa misma razón. Hubo un momento en que tal vez pudo permitirse ser indulgente. La ocasión se presentó al final de su vida, cuando Alemania había dominado a Europa, y los tanques de Krupp estaban alineados en las playas del Canal de la Mancha. Entonces, Gustav no debía nada a nadie, y el líder del Tercer Reich, a diferencia del líder del Segundo Reich, le debía a él bastante. Sin embargo, las palabras de Gustav, entonces bien pudieron ser dichas por Goebbels. En *Krupp*, la revista de la Firma, escribió unas trivialidades como: «A menudo se me ha permitido acompañar al Führer por los talleres antiguos y nuevos, comprobando cómo los trabajadores de Krupp le vitoreaban llenos de gratitud...» «Todos estamos orgullosos por haber contribuido al magnífico éxito de nuestro ejército...» «Siempre he considerado un honor, así como una obligación, el ser jefe de una fábrica de armas, y sé que los empleados de Krupp comparten estos sentimientos.» (26).

¿Creía realmente en esas palabras? La lealtad a sus superiores era probablemente lo único en que llegó a creer Gustav. Todo en su vida iba dirigido hacia tal fin. Poco después de su casamiento, él y su cuñado estaban inspeccionando un terreno que los Krupp tenían junto a la frontera holandesa. *Freiherr* von Wilmowsky advirtió admirado que los granjeros del lado holandés recogían magníficas cosechas, mientras que los alemanes no lograban gran provecho. Gustav consideró esto como una ofensa al Reich, y rápidamente compró quinientas hectáreas del lado alemán de la frontera, con el fin de convertir las tierras en una granja modelo. El proyecto fracasó, pues Gustav no poseía condiciones de agricultor. A pesar de todo no cejó en su empeño, y durante los treinta años siguientes trató de superar a los holandeses, que ni siquiera se dieron cuenta de la competencia que habían suscitado. Todo lo que pudo conseguir fue algunas hortalizas enclenques. Pero Gustav había luchado por el honor nacional, y Von Wilmowsky, que le apreciaba —los sentimientos del barón eran una mezcla de lástima y de fascinación—, deseó un millar de veces haber cerrado la boca a tiempo (27).

Hasta que el kaiser brindó por Bertha como su Reina de los Cañones, ese día de octubre de 1906, la vida de las dos hermanas había presentado muy escasas diferencias. En realidad, como ambas se comprometieron la misma primavera, los periódicos alemanes dedujeron que iba a haber una doble boda. Guillermo no permitió que se hiciera eso. El no tenía nada contra Bárbara, pero la realeza debía mantener su espléndido aislamiento. Bertha, y sólo Bertha, debía ser el centro de todas las miradas del imperio, durante el día de la boda. Así pues, mientras Gustav abría de par en par las ventanas de Villa Hügel y ponía en hora sus numerosos relojes, Tilo se llevó ese invierno a su desposada a la propiedad de los Wilmowsky, en la antigua Prusia, y la presentó a la respetuosa servidumbre ante el Schloss Marienthal, su casa solariega. Arquitectónicamente Marienthal no era mucho más agradable que Villa Hügel, y en cuanto a extensión era casi dos veces más amplia. Sus dos extensos rectángulos medían aproximadamente lo que el gran patio de la Universidad de Harvard. El salón principal del castillo ostentaba la fecha de 1730, lo que hacía que fuera una mansión advenediza, en la historia de los Wilmowsky. Los antepasados de Tilo habían sido miembros de la nobleza de Bran-

denburgo desde la Guerra de los Treinta Años. Durante trescientos años antes de la fecha señalada en el salón, habían llevado una existencia de barones en el ducado silesio de Teschen, y antes de eso, fueron caballeros feudales germánicos (28).

Uno se pregunta cuál hubiera sido el sino de la dinastía Krupp, de haberse casado Tilo con Bertha. Con sus veintiocho años, él estaba más cerca de la edad de la joven, y en casi todos los aspectos era la antítesis de Gustav. Cierto es que vestía con elegancia, usaba monóculo y daba taconazos al saludar, pero eso era lo que correspondía, y le había sido legado con Marienthal. Mas, debajo de su apariencia teutona, el barón era un ser humano, modesto e idealista, y al cumplir los cuarenta años iba a convertirse en uno de los primeros rotarios alemanes. Una juventud pasada en Inglaterra le había cambiado como no lo habían hecho los viajes con Gustav. Era un admirador de la democracia británica, y a pesar de que sus propiedades le convertían en uno de los mayores terratenientes de Europa, ante los extranjeros le gustaba pasar siempre por un «granjero». Para él eso no era ninguna vergüenza. Por el contrario, Tilo fue un aplicado estudiante de agricultura, que empleó intrincadas fórmulas de abono, cuidaba celosamente de la rotación de los cultivos, y llegó a ser un experto en materia de hibridación. Habría podido hacer que floreciesen millares de flores en aquellas hectáreas fronterizas donde su cuñado apenas consiguió unas pocas verduras (29).

Lo único que Gustav podía llevar a cabo, y que no pudo hacer Tilo, era abandonar sus convicciones en aras de la obediencia. El *Freiherr* jamás olvidó por qué los Wilmowsky se opusieron a Silesia después de la Guerra de los Treinta Años. La familia era protestante, mientras que el resto del ducado era católico. Cuando los parientes de Tilo iban a la iglesia, iban de verdad, como él mismo. Eran cristianos a conciencia. Como lo iban a demostrar en dos guerras mundiales, Tilo era capaz de ignorar las brutales órdenes de Berlín, y de haber sido él quien gobernara en Essen, la historia hubiera cambiado sensiblemente. Es interesante hacer notar que su primera visita a Hügel, en 1896, fue como respuesta a una invitación de Fritz, que por aquel entonces era una persona normal. Tilo von Wilmowsky era la clase de yerno que Fritz hubiese preferido. Sólo alguien como el kaiser Guillermo II pudo haber aprobado a Gustav.

Así fue como los Wilmowsky y los Krupp von Bohlen unieron sus destinos. No hubo alejamiento, ya que las dos hermanas estaban demasiado unidas, y no podían soportar el verse separadas demasiado tiempo. Por otra parte, Gustav apreciaba la compañía de Tilo. Poco seguro de sí mismo, carente del linaje que permitía al barón llevar su título cómodamente, el nuevo Krupp rogó a su cuñado que pasara a formar parte del consejo de la Firma, y Tilo accedió. Incluso consintió en hacer de delegado de Gustav, ya que, como explicó en Nuremberg, Gustav le dijo que el Vorstand sólo era un camuflaje legal, y que las verdaderas decisiones se tomaban en Villa Hügel, entre Bertha y él. Comprendiendo esto, no puede extrañar que ni el barón ni su esposa desempeñaran un papel significativo en la dirección de las fábricas (*). Se interesaban más por las sementeras, las cosechas, la vida en Marienthal —que apenas había cambiado en los últimos trescientos años—, y por hacer algún viaje de vez en cuando (30).

El sol de la Pax Británica se hallaba ahora muy bajo en el cielo. La época que había comenzado en Waterloo alcanzaba sus horas crepuscu-

(*) Esto fue así hasta el Anschluss austríaco, treinta años más tarde. Para saber más acerca del curioso papel desempeñado por el barón en la adquisición del Berdorferwerk, fundado en 1840 por el tío abuelo de Bertha, Hermann (ver más adelante el capítulo quince).

lares, y las sombras que arrojaban las negras chimeneas de Essen aparecían vivamente recortadas. A las dos jóvenes parejas les parecía que los años dorados iban a continuar indefinidamente, y al examinar las fotografías que tomaron entonces, los Diarios que llevaban y las cartas que se escribían entre sí, se obtiene una curiosa sensación estática. El oscuro sino aguardaba a pocos pasos, aunque ellos no lo sabían. Se comportaban como si aquel Veranillo de San Martín fuera durar eternamente. Para la mayor parte de la población del mundo no fue una época tranquila, mas para los opulentos fue espléndida, y disfrutaron enormemente con ella. Incluso se pudo convencer a Gustav para que abandonase por un tiempo sus programas al minuto, y él y Bertha se marcharon a Londres, donde en un tranquilo hotel posaron para sir Hubert von Herkomer, el profesor de bellas artes de Oxford, nacido en Baviera, que había pintado a Wagner, Ruskin, lord Kelvin y a la marquesa de Salisbury. Mientras tanto, Bárbara y Tilo efectuaban una gira por Estados Unidos (31).

El viaje de los Wilmowsky durante el invierno de 1909-1910 contribuyó grandemente a incrementar la reputación de los Krupp en el extranjero. Pero en los años futuros, los miembros de la familia que cruzaron el Atlántico se verían obligados a eludir como podían diversos grupos que llevaban cartelones donde se leían epítetos tales como ¡CARNICEROS!, HUNOS SANGRIENTOS, o ¡KRUPP, ASESINOS DE NIÑOS JUDIOS! Sin embargo, en aquellos otros días el horizonte de los Wilmowsky aparecía totalmente despejado. En los trenes iban siempre acompañados por el presidente de la empresa, quien a menudo les decía que las ruedas que les conducían habían sido fabricadas en Essen. Los titulares de los periódicos eran benévolos: «A LA BARONESA KRUPP LE GUSTA EL HOGAR, NO SE SIENTE INCLINADA HACIA EL SUFRAGISMO NI LA VIDA DE CLUB, Y DICE QUE "PREFIERE SU CASA"; LA ARISTOCRATICA PAREJA SE MUESTRA CONTENTA EN SU VISITA A CHICAGO; NOBLE HIJA DE KRUPP, EL ARTILLERO, VISITA NUEVA YORK; "LA MUJER MAS ADINERADA", ASISTE A UNA EXHIBICION DE MODELOS EN BOSTON; AMERICA CONQUISTA A LA HEREDERA DE KRUPP; BARONESA BARBARA VON WILMOWSKY ENTUSIASMADA AL ELOGIAR ESTADOS UNIDOS, VISITA LAS ACERIAS DE GARY.» (32).

El viaje a Gary fue la única visita industrial, y se llevó a cabo para complacer al comisario imperial de Agricultura de Alemania, el cual les acompañó en toda su gira, y les suplicó que no ofendieran a los Schlotbarone americanos. Lo que Bárbara tenía más deseos de ver era la Casa Hull, de Chicago. Jane Addams fue la anfitriona de los Wilmowsky en ese lugar, y eso, junto con la facultad de Bryn Mawr, en Pensilvania, fue lo que dejó el recuerdo más indeleble en Bárbara y Tilo. Aparte del asunto de los votos femeninos —la *Freifrau* se sonrojaba delicadamente y susurraba que el solo hecho de hacerle esa pregunta le parecía «increíble»—, todo les pareció delicioso en Norteamérica. Los concienzudos periodistas advirtieron admirados que en la habitación de la baronesa había siempre una fotografía de Bertha y del pequeño Alfried, y que Bárbara era «una mujer delgada y alta, de puro tipo germánico, con las característica complexión sonrosada, ojos azules, rostro ovalado de expresión atractiva, y un cabello abundante que peina de forma muy sencilla, como para poner de manifiesto su juventud». En cuanto al barón, decían que era «alto, delgado, de continente militar y aire distinguido; se acariciaba un bigotillo de color claro, mientras la baronesa hacía observaciones sobre Estados Unidos». Estas manifestaciones son la clave del brillante destino que parecía reservado a las clases privilegiadas de Europa. Según dijo la baronesa a una periodista de Chicago, Norteamérica «representa

por adelantado lo que el mundo será en lo futuro, cuando, con la eliminación del tiempo y la distancia gracias a los Zeppelin, Wright y Marconi, el mundo se fundirá en un todo, hablará una sola lengua y perseguirá un ideal único: el bien de la humanidad» (33).

Antes de salir hacia Nueva York, donde encontrarían a Thomas Prosser y su esposa a bordo del vapor *Kaiser Wilhelm II*, del Norddeutsche Lioyd, que partía hacia Hamburgo, los Wilmowsky cenaron en Washington con el embajador alemán, conde Johann Heinrich von Bernstorff, que contaba entonces cuarenta y siete años. Después de charlar un poco acerca de los amigos comunes —la familia del embajador pertenecía al servicio diplomático desde 1733, y los Wilmowsky y los Bernstorff eran amigos desde hacía tres generaciones—, el conde les distrajo con algunas anécdotas acerca de su época como primer secretario en Londres y como cónsul general en El Cairo. Luego, tosiendo con delicadeza, preguntó por el nuevo *Unterseeboote*, de Krupp. Manifestó que le habían informado de que el Germaniwerft acababa de colocar la quilla del *U-18;* de que se perfeccionaban unos torpedos monstruosos que alcanzaban a más de cinco kilómetros, a una velocidad de cuarenta nudos, y que el Reichsmarineamt estaba considerando seriamente las posibilidades de una guerra en que los buques mercantes serían el blanco principal. ¿Sabían ellos algo acerca de eso? La pareja movió negativamente la cabeza. No sabían nada, en realidad, y además, todo aquello les parecía absurdo. También él estaba de acuerdo con esa forma de pensar, les dijo su anfitrión; los años que pasó en Londres le habían convencido de que Inglaterra no toleraría semejante atrocidad. Luego Bernstorff se encogió de hombros y dijo que se oían demasiadas fantasías. Probablemente no había nada de cierto en aquellos rumores. Y en última instancia, tampoco le preocupaba mucho lo que ocurriera en Europa. Llevaba en Estados Unidos menos de dos años, y esperaba seguir en Washington al menos hasta 1917 (34).